



Brigitte EN ACCION



**Lon
Carrigan**

Profesora de espionaje SE

Alguien contrata a la agente Baby para adiestrar a un grupo de espías por medio millón de dólares. Pero ella sabe que no se trata solamente de enseñar a esos hombres a ser espías, que la intentan engañar. Pero engañar a la agente Baby es muy difícil. Y más difícil todavía si cuenta con la ayuda del sin par Número Uno.



Lou Carrigan

Profesora de espionaje

Brigitte en acción - 090

Archivo Secreto - 199

ePub r1.0

Titivillus 11-04-2019

Lou Carrigan, 1969

Diseño de portada: Benicio

Diseño de portadilla VI Aniversario: Moroco

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



Edición conmemorativa



**IMAGINEN
A TODA LA GENTE
LEYENDO** epublibre



6º ANIVERSARIO



ARCHIVO SECRETO

Brigitte
EN ACCION



Capítulo primero

UN NUEVO EMPLEO PARA BABY

Verdaderamente, si los espejos no mienten, ella ya no podía pedir más. Habría sido un abuso. Un completo abuso, unas desmesuradas exigencias.

Y sabido es que los espejos no mienten. Así que ella se conformaba con ser tal como se veía en el de su dormitorio, casi completamente desnuda: cuerpo perfecto, fino y elástico, piel dorada por el sol, manos y pies de muñeca... Maravilloso. Tampoco se podía pedir más en cuanto al rostro: boquita redonda y sonrosada, un deliciosísimo hoyuelo en la barbilla, orejas pequeñas, largos cabellos negros... Y sobre todo, aquellos tremendos ojos azules de dulcísima mirada. Claro que a veces, la mirada dulcísima se tomaba helada, congelada, pero ella no podía remediarlo. Cuando algo no le gustaba, su dulce sonrisa se convertía en una fría mueca de muerte.

Cosas de la profesión, inconvenientes de ser espía. Pero no una espía cualquiera, eso no... Ni mucho menos.

La hermosísima muchacha suspiró, se apartó del espejo, y fue hacia la cama, donde tenía ya la ropa que iba a ponerse aquella noche, para la aburridísima fiesta que daba su jefe, Miky Grogan, director del diario neoyorquino *Morning News*. ¿Por qué todas las fiestas que daba Grogan eran aburridas... hasta que llegaba ella?

Se puso los pantaloncitos. Los sujetadores.

Y fue entonces, cuando aquel levísimo zumbido llegó a sus oídos de sensibilidad fuera de lo corriente. Se volvió hacia el armario, todavía abierto, y frunció el ceño. Sí, el zumbido provenía de allí... Y ella conocía demasiado bien aquel suave bip-bip-bip para confundirlo con cualquier otro sonido del mundo.

Así que, no poco sorprendida, fue hacia el armario, abrió el doble fondo, y sacó el maletín rojo con florecillas azules, que estaba junto a la pequeña emisora que la comunicaba directamente, en casos de emergencia, con Charles Pitzer, su jefe de la CIA, en el sector de Nueva York.

Abrió el maletín, sacó la pequeña radio de bolsillo, y se quedó mirándola, cada vez más sorprendida. Es decir, todo lo sorprendida que podía estar una espía de su categoría de lujo e internacional. Por supuesto, si tío Charlie o Simón la llamaban por aquel conducto, era que así convenía. Ni más ni menos.

De modo que apretó el botoncito, admitiendo la llamada.

—¿Sí? —musitó.

—¿Hablo con la agente Baby, de la CIA?

El ceño de la muchacha se frunció aún más. Desde luego, no era tío Charlie quien la llamaba. Ni Simón. En suma, no era nadie que ella conociese.

—¿Quién es usted? —inquirió.

—Dígame si hablo con la agente Baby, de la C...

—Número equivocado, caballero.

Cerró la radio, pero la sostuvo en la mano, pensando rápidamente en la sorpresa que significaba que alguien desconocido llamase a Baby por la supersecreta frecuencia del sector de Nueva York. Y, tal como esperaba, la llamada volvió a producirse, apenas cinco segundos después.

—¿Sí? —la admitió de nuevo.

—Me llamo Rolando Ceballos —gruñó el hombre—. Pero no creo que eso le diga nada, Baby.

—En efecto. Contando, naturalmente, con que yo sea esa Baby, que usted busca, señor Ceballos.

—¿Le molestaría que hablásemos en español? Tengo entendido que usted lo domina perfectamente, y a mí me cuesta expresarme bien en inglés.

—Puede hablar en español —dijo Baby, en este idioma—. ¿Qué desea usted de la agente Baby?

—¿Es usted o no?

—Diga lo que desea. Luego, yo le diré si soy o no soy Baby. Y si vuelvo a cerrar la radio, señor Ceballos, ya no admitiré las siguientes llamadas. ¿Qué desea?

—Contratarla por tres meses como profesora de espionaje, con un sueldo mínimo de cien mil dólares al mes.

—¿Cuál es su nacionalidad, señor Ceballos?

—Eso no importa, ya que la escuela de espionaje que usted va a dirigir no tendrá nacionalidad. Entienda bien que...

—Lo entiendo. Se trata de... formar un grupo de espionaje privado.

—Exacto.

Baby endureció el gesto. Nunca le habían gustado los espías privados. Siempre complicaban las cosas internacionales con sus ambiciones particulares. Únicamente conocía a un espía privado en todo el mundo que mereciera su completa aprobación... Y ese espía no necesitaba que ella le enseñase nada. Si acaso, al contrario.

—¿Cuál es su oferta concreta y exacta, señor Ceballos?

—Un mínimo de doscientos cincuenta mil dólares si usted tarda menos de tres meses en dejar en perfecta marcha nuestra escuela para espías. Si tarda más, cobraría cien mil dólares al mes.

—Es decir, que si en un mes dejo su escuela en perfecto funcionamiento, me pagarán doscientos cincuenta mil dólares.

—Ni un centavo menos. Tendrá completa libertad de acción y decisión, absoluta autonomía y mando, y dispondrá, en el momento oportuno, de cuantos aparatos o material diverso que precise para poner al día nuestra escuela.

—Bien... La oferta parece interesante, y es digna de ser estudiada detenidamente. Venga usted a verme, señor Ceballos.

—Usted sabe muy bien que desconozco su domicilio. Solamente, la frecuencia de su radio de bolsillo.

—Eso ya es mucho saber... ¿Cómo la consiguió?

—Es posible que lo sepa en otro momento. Pero estoy de acuerdo en concertar una entrevista personal.

—¿Dónde? —preguntó, mordazmente la espía internacional.

—Donde usted quiera, cuando usted quiera, y como usted quiera. Aceptaré todas sus disposiciones que tiendan a tranquilizarla, a garantizarle que no hay juego sucio. Todo esto no es una broma, Baby.

—Mejor... para usted. ¿Conoce Nueva York y sus alrededores?

—No demasiado. Pero tengo un excelente plano.

—Muy bien. Busque en él la carretera 25 A, en el norte de Long

Island. La primera población es Manhasset... ¿Localizada?

—Sí... Aquí está, sí...

—Muy bien. Espéreme, dentro de una hora, en la entrada de esa población, a la derecha de la 25 A, unas doscientas yardas más adelante de un parador llamado Rainbow Sea. ¿Bien entendido, señor Ceballos?

—Perfectamente entendido. Dentro de una hora. ¿Cómo sabré que es usted?

—Yo le conoceré a usted, porque estará detenido junto a la carretera, con las luces de situación encendidas, y fumando un cigarrillo, como si estuviese descansando unos minutos. Hasta luego.

Cerró la radio, la guardó en el maletín, y llevó éste a la cama. Sacó la pistolita de cachas de madreperla, y se la sujetó al muslo izquierdo con dos tiras de esparadrapo color carne, aunque no de la suya, cuyo tono dorado era inimitable; no podía haber otro igual en todo el mundo.

Se quedó mirando el vestido de noche que tenía preparado sobre la cama, pero lo rechazó mentalmente; luego, volvió al armario, y empezó a mirar qué tenía por allí. Naturalmente, ella no podía presentarse como una tonta jovencita en semejante lugar y a aquellas horas, así que tenía que buscar una... adecuada presentación. No convenía decepcionar al señor Rolando Ceballos.

Rolando Ceballos vio pasar el vetusto coche negro, de mejores tiempos dejados ya muy atrás, pero apenas le concedió una mirada, porque pudo ver a la anciana dama en su interior. Y él no estaba esperando a ninguna anciana.

Sin embargo, volvió a mirar hacia el coche que casi era chatarra cuando lo oyó detenerse, muy cerca por delante del suyo alquilado, a la derecha de la carretera. Se quedó mirando con el ceño fruncido a la anciana que se apeó... Y aún frunció más el ceño cuando la vio acercarse, lentamente, apoyándose en su bastón.

Finalmente, la dama quedó ante él, mirándolo amablemente, entornados sus ojos tras los cristales de los lentes. Toda la iluminación que tenían llegaba, ya muy debilitada, del gran anuncio luminoso del Rainbow Sea Parador, doscientas yardas atrás de ellos, y de los coches que circulaban por la carretera 25 A, en ambos sentidos.

—¿Le ocurre algo, joven? —preguntó la dama.

—Nada, gracias.

—Ah... Bueno, al verlo detenido aquí, pensé que quizá tenía alguna avería... Y soy de la opinión que siempre se debe ayudar al prójimo. ¿Usted no está de acuerdo?

—Desde luego. Pero no me ocurre nada, se lo aseguro... Puede seguir tranquila su viaje.

—Bien... Celebro haberme equivocado. Buenas noches.

—Buenas noches.

La dama volvió la espalda a Rolando Ceballos. Pero, de pronto, se volvió, y su bastón silbó en el aire, directo a la cabeza de Ceballos. Fue un golpe tremendo, que tiró a Rolando Ceballos de espaldas contra el coche, para caer en seguida de rodillas, casi desvanecido. Estaba agitando la cabeza cuando uno de los piecitos de la anciana dama golpeó, de punta, en su estómago, con tal fuerza y precisión que el hombre quedó sin respiración, y comenzó a caer hacia delante. Pero aún antes de haber caído de bruces, recibió un seco golpe en el cuello, dado con el canto de la mano señorial y bellísima de la dama.

Quedó desvanecido a los pies de ésta. Inmediatamente, la dama abrió la portezuela de atrás, y con una fuerza en verdad sorprendente, metió a Ceballos dentro del coche. Cerró la portezuela, fue a su propio auto, entró, dio la marcha atrás, y retrocedió hasta que ambos quedaron tocándose por popa y proa. Volvió a salir de su coche, lo rodeó por delante, llegó al de Ceballos, y abrió la portezuela de atrás que quedaba oculta a la carretera por el propio coche. Sacó a Ceballos sujetándolo por los sobacos, lo arrastró hasta su vetusto vehículo, lo metió dentro en la parte de atrás, y volvió ante el volante, sonriendo divertida.

No cabía duda de que era una dama simpática.

Rolando Ceballos parpadeó varias veces antes de abrir completamente los ojos. Y entonces tuvo que cerrarlos rápidamente, al recibir de lleno en ellos la luz de una potente linterna. Quiso incorporarse, y algo le pinchó en la garganta.

—Es la punta del estoque que suelo llevar en mi bastón —dijo la voz de la anciana dama—. Si se mueve, señor Ceballos, lo clavaré por la garganta en el asiento. ¿Está claro?

—Sí... ¿Dónde estoy?

—En mi coche, en un lugar solitario y seguro. Nadie nos molestará. Le he quitado su pistola, naturalmente. Y ahora voy a ser amable con usted disminuyendo la potencia lumínica de mi linterna —se oyó un suave clic, y la intensidad de la luz decreció tanto que Ceballos pudo por fin abrir los ojos—. Adelante, señor Ceballos: le escucho.

—Usted... usted no es... la persona que...

—Soy la persona que estaba esperando —la voz fue ahora la que Ceballos había oído por la radio de bolsillo—. Ocurre que no suelo confiar en nadie, y recurro a procedimientos propios. Sin embargo, por esta vez, parece que mi desconfianza no era necesaria. ¿Quién le comunicó la frecuencia de ondas del sector de Nueva York para la CIA y, por tanto, para comunicarse conmigo por radio de bolsillo?

—Un agente de la CIA.

—Oh... ¿Un traidor, quizá?

—No... Desde luego que no. Insisto en que somos un grupo privado de espionaje. Su compañero de la CIA, simplemente, nos indicó que no había en el mundo nadie más indicado que Baby para complacer nuestras exigencias. Él había llegado ya a su límite, y nos sugirió que si queríamos alcanzar más perfección en nuestra escuela, solamente la gente Baby podía servirnos. Y nos dio la frecuencia para llamarla en Nueva York.

—¿Entiendo que ese compañero mío de la CIA ha estado trabajando con ustedes?

—Así es.

—¿Su nombre?

—Simón —casi sonrió Ceballos.

—Veo que está al corriente de ciertas particularidades mías, señor Ceballos. Pero yo pregunto el nombre verdadero de ese compañero mío, no el cariñoso nombre idéntico que doy a todos.

—Lo ignoro. Yo sólo soy un agente a medio entrenar de nuestro grupo.

—Entiendo. ¿Dónde está ubicada esa escuela de espionaje?

—Lejos de Estados Unidos. Si acepta dirigirla, le daré todos los datos para su viaje.

—¿Qué se proponen ustedes exactamente con la creación de ese grupo de espionaje?

—Ganar dinero.

—Ya... ¿Y el mío? ¿Cuándo y cómo cobraría el mío? ¿Qué garantías tengo de que cobraré realmente... y de que podré marcharme luego?

—Usted misma puede establecer las garantías que guste. Tengo orden de aceptar absolutamente todas sus condiciones con tal de que acepte ser la directora de nuestra escuela para espías.

—Estupendo, señor Ceballos. Entonces, escuche mis condiciones. Primera: quiero quinientos mil dólares, que recibiré al llegar al lugar de la cita, a fin de que yo pueda enviarlos desde allí a un lugar que elegiré oportunamente; esos quinientos mil dólares cubrirán mi sueldo de... profesora durante un período máximo de tres meses, tiempo más que suficiente para ponerles al corriente de todos los adelantos y sistemas de la CIA en la materia de espionaje.

—De acuerdo.

—Segunda: quiero conocer personalmente a ese compañero mío de la CIA, inmediatamente de llegar a mi punto de destino.

—Así se hará.

—Tercera: no admito tratos con personal subalterno de su grupo, señor Ceballos; también desde el primer momento, quiero conocer al jefe supremo, conversar con él, cambiar impresiones. Será él y no otra persona quien me entregará los quinientos mil dólares, facilitándome el envío del dinero al Banco que yo elija.

—No hay inconveniente. ¿Algo más?

—Cuarta y última condición: si así lo considero conveniente, podré recurrir a amigos personales para que me ayuden a poner en marcha y al día esa escuela de espionaje. Bien entendido que el sueldo de ese amigo correría de mi cuenta, ya que sería yo quien me beneficiaría de su ayuda, aligerando mi trabajo, que ustedes habrían pagado completamente con el medio millón de dólares.

—¿Quién sería ese amigo? ¿De la CIA?

—¿Está loco? ¿Cree que pienso decirle a la CIA ni una sola palabra de este asunto? Ya le he dicho que sería, si así ocurriese, un amigo personal. Y queda bien sentado desde ahora mismo que es de mi entera confianza. Por lo tanto, si están dispuestos a confiar en mí...

—Aceptada también su cuarta y última condición.

—Entonces, dígame a dónde tengo que ir.

—Tomará un avión hasta Santo Domingo, en la República

Dominicana. Díganos como podremos identificarla al tomar tierra, y uno de mis compañeros la recogerá para llevarla a la escuela.

—Llevaré una rosa roja en una mano, y un maletín rojo con florecillas azules en la otra.

—De acuerdo. Mañana la estarán esperando en...

—No vaya tan deprisa, Ceballos. Llegaré a Santo Domingo dentro de tres días, no antes. ¿Cree que puedo abandonar mi trabajo público y mi puesto en Nueva York sin llamar la atención?

—Pero tres días...

—Deberé arreglar bien las cosas. Fingiré que me encuentro indispuesta, o cualquier cosa parecida, y que he decidido tomarme unas largas vacaciones... Deme tres días para arreglar esto, compréndalo.

—Bien... Creo que tiene razón, desde luego. De acuerdo: la esperamos dentro de tres días... Es decir, cuatro fechas, en el aeropuerto de Santo Domingo.

—Entonces, no hay más que hablar, Ceballos. Apéese y aléjese del coche. Dejaré su pistola en el suelo. Cuando yo me haya marchado, regrese a buscarla, localice la carretera, recupere su coche, y vuelva a Santo Domingo. Hasta la vista.

—Hasta la vista —sonrió Ceballos—. Espero conocerla entonces. Y como es en realidad, no como una anciana de malas pulgas.

—Me conocerá —admitió Baby—. Pero no sé si eso le traerá buena o mala suerte. Es todo, Ceballos.

Capítulo II

EL MALETERO ANGEL TOMÁS - LOS PERSONAJES DEL PESQUERO «BARRACUDA» - MEDIO MILLÓN DE DÓLARES PARA LA PROFESORA

Con escala en Miami, el avión procedente de Nueva York llegó, finalmente, a Santo Domingo, capital de la República Dominicana, en la hermosa isla llamada La Española, que dicha República comparte con Haití, ocupando las dos terceras partes.

Desde el aparato, se había visto Santo Domingo, llamada durante unos pocos años Ciudad Trujillo. Palmeras, vegetación tropical, jardines, hermosas zonas residenciales... Desde el avión, había parecido una hermosa ciudad blanca y verde, casi un juguete amable, una maqueta. Luego, fue subiendo a medida que el avión bajaba, hasta que se confundió con la línea del horizonte terrestre. Fin del viaje.

Por lo menos, era el fin del viaje para la esbeltísima y encantadora muchacha de rubios cabellos y ojos oscuros que descendió ágilmente por la escalera móvil, con una rosa en una mano y un bonito maletín rojo con florecillas azules en la otra. Mezclada con otros pasajeros, ciertamente, pero llamando la atención por la incomparable belleza de su rostro y la armoniosa forma de su cuerpo. Llevaba sandalias, una cortísima faldita blanca, y un fino jersey de hilo azul, escotado y de manga corta.

Atisbando la llegada de aquel avión en la zona de espera, un hombre vestido con traje blanco; y lentes de sol, se apresuró a entrar en el terreno de las pistas, directo hacia la muchacha, que caminaba con tal gracia que los demás pasajeros comenzaban a sentirse mareados por los suaves quiebros de su delgadísima cintura.

Sin embargo, hubo alguien que fue más rápido que tipo del traje blanco. Un hombre que parecía empleado del aeropuerto, aunque aún no hubiese sido provisto de su uniforme de maletero. Era un tipo sensacional, de más de seis pies de estatura, hombros anchísimos, cintura casi tan delgada como la de la rubia y despampanante viajera, piernas largas, manos grandes, ojos oscuros hasta lo insondable. Recia la barbilla puntiaguda, rebeldes los cabellos cobrizos, despejada la frente... Bronceado al máximo, impresionante por su estatura y la evidente potencia de sus músculos el hombre llegó antes que nadie junto a la viajera de la rosa roja y el maletín.

—¿Me ocupo de su equipaje, señorita? —preguntó en español.

La señorita lo miró vivamente, como sorprendida. La admiración más absoluta fue evidente en su expresión al contemplar a aquel gigante bronceado de negrísima mirada y mentón de luchador. Una admiración del todo justificada, eso era indudable.

—Sólo traigo una maleta —musitó.

—No importa, señorita. Yo puedo ocuparme de ella. Y de todo. ¿Tiene reservada habitación en algún hotel?

—Pues no... No.

—Yo le buscaré un buen hotel. El mejor de Santo Domingo. Le aseguro que nadie le servirá mejor. Angel Tomás, para servirla. Soy un maletero un poco caro, pero eficiente. Conozco Santo Domingo mejor que mi cama. Conozco los mejores hoteles, los lugares interesantes, la...

El tipo del traje blanco llegaba entonces junto a la viajera y al muy apuesto, bronceado y eficiente Angel Tomás.

—Está bien —gruñó—. La señorita no precisa ayuda, amigo. Yo me encargo de ella.

El gigante bronceado lo miró torvamente.

—¿Ah, sí? —masculló—. Pues me gustaría ver como lo hace... «amigo». Yo llegué primero, ¿no es cierto? De modo que si quiere jaleo, por mí no va a quedar.

—Un momento, un momento, —casi se sobresaltó el del traje blanco—. Nadie trata aquí de quitarle su trabajo y su negocio. ¿Estará bien el negocio con diez pesos?

—¿Diez pesos? No comprendo...

—Le doy diez pesos, usted se los guarda, y se va a buscar otro

cliente. Yo diría que no está mal, amigo.

—¿Me da diez pesos por dejar el campo libre? —se asombró el guapísimo y viril Angel Tomás.

—Exactamente.

—Amigo, negocios como éste quisiera yo hacerlos cada día del buen Dios... ¡Vengan esos diez pesos!

El tipo del traje blanco pagó la cantidad prometida, y el bronceado atleta se los guardó, satisfechísimo. Miró a la viajera, y se inclinó simpáticamente.

—Señorita, creo que la dejo en buenas manos. Pero le diré una cosa: si no fuese porque necesito dinero y no quiero perder el empleo que me dieron ayer, le partía la cabeza a este sujeto, y la llevaba gratis al mejor hotel. De todos modos, si usted quiere que sea Angel Tomás quien la lleve a...

—Está bien, Angel... —rió la viajera—. Gracias, de todos modos.

—¿No me guarda rencor?

—¿Por qué motivo? —se asombró ella.

—Bueno... Yo creo que soy más guapo y simpático que este sujeto, ¿no es cierto?

—¡Es cierto! —volvió a reír ella—. Pero usted ya ha aceptado un negocio, Angel, y yo lo celebro. Si se da prisa, todavía podrá conseguir otro cliente.

—Sí... Bueno, a sus pies, señorita —miró despectivamente al tipo del traje blanco—. Adiós, tú, cara de tonto.

Se alejó, a buen paso, dejando riendo a la rubia y despampanante damita y enfurruñando al tipo del traje blanco, que farfulló:

—Todos son unos descarados, se lo aseguro. Ese tipo ha tenido suerte de que éste no sea momento de peleas.

—Sí... —continuó riendo ella—. Él ha tenido suerte. ¿Cómo le va, señor Ceballos?

—Regular.

—No esperaba que fuese usted mismo quien me recibiera aquí... Pero lo celebro. En general, me disgustan las caras desconocidas. ¿Qué hacemos ahora?

—Me ocuparé de todo. Dentro de pocos minutos será admitida en el país, yo iré a recoger su equipaje, y saldremos hacia el destino final. Espero... que haya tenido buen viaje.

—Es usted muy amable... —ironizó ella—. Yo siempre tengo buen viaje. A veces pienso que vivo en un avión. ¿Estamos esperando algo especial?

—No. Cuando usted quiera...

Rolando Ceballos señaló la pequeña y blanquísima lancha amarrada en el muelle, después que el coche de alquiler los dejara allí mismo, apenas a quince yardas.

—Viajaremos en eso... —dijo—. Espero que no sea de las personas que se marean.

—Por si le interesa, le diré que me gusta más el mar que la tierra firme. Cuide de no marearse usted, Ceballos.

—Lo intentaré —sonrió Rolando, cargando con la pesada maleta—. ¿Vamos?

Llegaron al borde del muelle, donde se veían numerosos negros y mestizos ocupados en tareas complementarias de la pesca. Había embarcaciones de todas clases, desde el pesquero de considerable envergadura hasta la pequeña canoa con flotador lateral, a vela, con las redes colgando para ser reparadas a mano. Lucía un hermoso sol, y las aguas centelleaban en verde y azul. Por detrás de ellos, se veían las abundantes palmeras del paseo del Presidente Bellini, y las blancas casas que sugerían un lánguido romanticismo tropical. Cerca de algunos barcos de buen tonelaje, bandadas de gaviotas revoloteaban pesadamente, lanzando al cálido aire sus graznidos inconfundibles.

Rolando Ceballos fue el primero en saltar a bordo, con la maleta. Luego tendió la mano a la rubia, que la aceptó con una sonrisa de amable condescendencia.

Ceballos señaló un viejo sombrero de paja teñido de rojo.

—Será mejor que se lo ponga. Tenemos por delante un largo viaje.

—¿Qué distancia?

—Unos ciento cincuenta kilómetros. Tres horas, por lo menos.

—Entonces me pondré el sombrero.

Se lo puso y se quedó mirando, con risueña expresión, hacia el muelle. Ceballos puso la lancha en marcha, apartándola rápidamente del muelle. En pocos minutos salían de allí, por la boca del malecón, hacia el Caribe. Ceballos se quitó la chaqueta, refunfuñando disgustado. Miró a la viajera rubia.

—¿No me pregunta adónde vamos? —se extrañó.

—Supongo que eso no variará nuestra ruta —replicó ella—, así que me ahorraré molestias. Si no tenemos nada especial que hablar, creo que dormiré en la cubierta.

—¿Se va a dormir al sol? —exclamó Ceballos.

—Me gusta estar bronceada. Además, he dormido en sitios mucho peores. Ya me despertará cuando lleguemos adonde sea.

Se tendió en la pequeña cubierta, tranquilamente, y a los pocos segundos, ante el asombro de Rolando Ceballos, dormía profundamente, tranquila como una niña feliz y afortunada.

Una de las ventajas de ser la mejor espía del mundo.

—¡Eh! ¡Eh, Baby, ya...!

Los oscuros ojos se habían abierto apenas Ceballos había gritado el primer «¡eh!». Luego, ella se sentó, bostezó, miró a derecha e izquierda. Y al mirar hacia la izquierda vio el pesquero. Un viejo y deslucido pesquero de buen tamaño, que se veía anclado junto a la lancha, cuyo motor se había detenido hacía pocos segundos.

—¿Hemos llegado?

—Sí. ¿De verdad ha estado durmiendo?

—Absolutamente de verdad.

—Bien... Usted es una mujer rara, pero eso no es cuenta mía. ¿Subimos? Nos están esperando.

—Suba usted, y encárguese de mis cosas. Yo subiré dentro de cinco minutos. Para entonces, espero que estén dispuestas a recibirme las personas importantes de este negocio.

—¿Qué dice? ¿No va a subir ahora conmigo? ¿Qué...?

—Dormir al sol es demasiado asfixiante si luego no se toma un buen baño. Y eso es lo que voy a hacer, Ceballos. ¿Quiere subir mi ropa, por favor?

Ante el asombro de Rolando, se quitó la falda, el jersey, las sandalias... y la peluca rubia postiza. Ceballos apenas pudo contener una exclamación cuando ella le tendió el montón de cabellos rubios, dejando al descubierto una negrísima cabellera. Pero la exclamación tuvo que brotar por fin de sus labios cuando la espléndida muchacha en bikini se quitó las lentillas de contacto que teñían de oscuro sus ojos, dejando al descubierto unas pupilas grandes, más azules y bellas que el mar y el cielo juntos.

Todavía estaba con la boca abierta cuando la agente Baby se

zambullía en el agua.

—¡Rolando! —llamó alguien desde la borda del pesquero, en español—. ¿Qué ocurre?

—¡Se está bañando! —exclamó Ceballos.

—¡Sube!

Cayó una escalerilla de cuerda, y Ceballos trepó por ella, con la peluca y las microlentillas, después de haber atado la maleta y el maletín a una cuerda que dejaron caer junto a la escalerilla. Cuando llegó arriba, había dos hombres esperándolo. Es decir, había más, pero aquellos dos destacaban poderosamente por su aspecto más inteligente, sus actitudes de mando, su arrogancia. Uno de ellos era de mediana estatura, ancho de hombros, cabellos castaños, ojos oscuros... Debía tener treinta y cinco años. Un extraño lunar, grande como un garbanzo, se veía entre sus dos cejas, como una fea manchita de tono morado oscuro. El otro era rubio, de ojos grises, más esbelto y atlético, con pecas en toda la cara de rubicundo, simpático y jovial norteamericano. Su edad era parecida a la del primero, que le llegaba apenas por la nariz.

—¿Qué demonios ocurre? —masculló el del lunar en la frente.

—Pues nada... Sólo que ella dijo que le apetecía un baño.

—¿Ah, sí? Pues esa jovencita va a...

—Déjala... —rió el pecoso atlético—. ¿Qué tiene de malo que se dé un baño? El viaje en lancha hasta aquí no es una delicia precisamente, Ofelio.

—Ha dicho que para cuando ella suba espera que estén dispuestos a recibirla las personas importantes de este negocio... —murmuró Ceballos—. Y me ha dado esto.

Parecía atónito. El pecoso norteamericano tomó la peluca y las lentillas de contacto, y las examinó, sonriendo.

—¿Te sorprendió, Rolando?

—Demonios... ¡Yo habría jurado que no llevaba postizos! Primero la vi en Nueva York, como una señora de edad. Ahora se presenta en el aeropuerto como una chica rubia. Luego se quita la peluca y... Oh, vaya, espero que no tenga más postizos todavía.

—¿Crees que se está burlando de nosotros? —musitó el hombre del lunar, mirando al norteamericano.

—No... Ella es Baby, simplemente. Esperemos, Ofelio. Todo va bien, ya verás.

Tuvieron que esperar cinco minutos, en efecto, viendo a la muchacha nadar de un lado a otro, sumergirse, emerger fuertemente, retozar en las transparentes aguas... Por fin, ella dio por terminado el refrescante baño, y subió por la escalerilla de cuerda con una facilidad que pasmó a todos, menos al norteamericano, que sonreía divertido.

Fue él quien tendió la mano a la muchacha, ayudándola a saltar finalmente a cubierta, chorreando. Rolando, de mala gana, se acercó con una toalla grande, de colores, que se había procurado bajo las sugerencias del pecoso yanqui.

—Bienvenida a bordo... —sonrió éste—. Podría decir que soy Simón, Baby, pero entiendo que usted quiere saber mi verdadero nombre, ¿no es así?

—Así es —sonrió inexpresivamente ella, envolviéndose en la toalla—. Aunque no creo que eso tenga importancia, prefiero saber su verdadero nombre.

—Harold Sterling, agente de la CIA. Ya conoce a Rolando... Le presento a Ofelio Valle, jefe absoluto de este grupo de espionaje privado. Ofelio, ella es Baby.

Ofelio Valle tendió su mano, y Brigitte sacó una de las suyas por entre los pliegues de la toalla.

—Tenía grandes deseos de conocerla —musitó Ofelio Valle.

—¿Aunque le cueste quinientos mil dólares?

—Sí. Aunque me cueste esa cantidad.

—¿Puedo ver el dinero?

—¿Ahora?

Ella le miró con expresión divertida, pero con un puntito de frialdad en sus enormes ojos azules.

—Ahora, efectivamente. ¿Hay alguna dificultad?

—Pues... no. No, desde luego. Vamos abajo. Mientras usted se acaba de secar y se viste, yo pondré el dinero bien visible, por si le parece conveniente contarlos.

Baby asintió con la cabeza. Se volvió para mirar a los ocho o diez hombres que parecían formar la tripulación del pesquero. Los miró lentamente, uno a uno.

—¿Son ellos los alumnos? —preguntó.

—Parte de los alumnos —aclaró Ofelio—. Los más aventajados. Están deseando ser puestos a prueba por la famosísima agente Baby,

de fama indiscutible.

—Las clases empezarán mañana. Hoy cobraré, enviaré el dinero, y descansaré. ¿Están mis cosas abajo?

Ofelio Valle asintió con la cabeza, y señaló hacia la puerta que llevaba al interior del pesquero. Cuando Baby pasó por delante Ofelio miró a Sterling, fruncido el ceño, pero el norteamericano le hizo un significativo gesto de paciencia. Baby descendió al interior del pesquero, seguida por Valle, Sterling y Ceballos. Fue éste quien la llevó hacia uno de los pequeños camarotes, cuyo olor arrugó la naricilla de la espía. Naturalmente, nadie de allí era pescador, pero no se podía dudar que el barco era un pesquero.

Salió del camarote apenas tres minutos más tarde, con unos *shorts* blancos, blusa a rayas de varios colores, y descalza. Los negros y largos cabellos habían sido recogidos atrás, en un simpático moño que permitía ver la nuca en toda su belleza. Las finas manos doradas, con las uñas esmaltadas en rosa, pasaron por encima del montón de billetes que se veían en una mesita. Valle, Sterling y Ceballos, de pie los tres, la miraban fijamente. Ella se sentó en un silloncito de palma trenzada y caña de bambú, y por entre sus deditos hizo pasar rápidamente los billetes, como hojeándolos.

—Supongo que está el medio millón —dijo—. De donde se desprende que mi... asesoramiento es muy importante para ustedes.

—Tanto como puede serlo para usted este medio millón de dólares americanos —musitó Ofelio Valle.

Brigitte alzó las manitas, en un simpático gesto de complicidad.

—*Okay* —sonrió—. Supongo que no hay inconveniente en que yo disponga de este dinero como me parezca.

—Ninguno, en efecto.

—¿Dónde estamos?

—Es un pesquero llamado *Barracuda*, de matrícula dominicana, a poco más de medio kilómetro de la isla de Alto Velo, al sur de la Península de Barahona, en República Dominicana. Un lugar seguro y tranquilo.

Los azules ojos destellaron irónicamente.

—¿Usted cree, Ofelio?

—Estoy convencido.

—Bien... En ese caso, no querrá creerme si le digo que alguien

nos estuvo vigilando a Ceballos y a mí en el aeropuerto, luego en la aduana, después durante el recorrido por Santo Domingo hasta el muelle... Y supongo que a estas horas saben muy bien que estamos en un pesquero llamado *Barracuda*, a poco más de medio kilómetro de la isla de Alto Velo, al Sur de la Península de Barahona, en República Dominicana. O sea, un lugar en absoluto seguro y de ninguna manera tranquilo.

Incluso Harold Sterling, el hombre de la CIA, estaba boquiabierto. Por fin, Rolando Ceballos exclamó:

—¡El maletero del aeropuerto! ¡Él ha sido quien...!

—Suspense en espionaje —sonrió fríamente Brigitte—. No es el maletero, Ceballos. Han sido dos hombres los que nos han estado siguiendo en Santo Domingo, desde el aeropuerto hasta el muelle... ¿Realmente no se dio cuenta?

—Yo... Pu-pues... No... No, francamente... Yo...

—Supongo que será usted uno de mis alumnos. Tiene mucho que aprender, Ceballos. Ya se lo demostré en Nueva York, ¿recuerda? Siento una gran curiosidad por saber qué clase de... espías son ustedes. Pero, de momento, les demostraré qué clase de espía soy yo. Con permiso.

Cogió su maletín, lo abrió, sacó la radio de bolsillo, y apretó el botoncito de llamada. Al instante se oyó una voz de hombre en el diminuto aparato. Una voz profunda, bien timbrada, viril, acariciante... sólo que en un idioma que ninguno de los presentes entendió.

En el mismo idioma, la agente Baby estuvo conversando con él durante apenas un minutos, bajo la inquieta y poco menos que desconfiada mirada de Ofelio Valle, y la estupefacción de Ceballos. El que menos se asombró fue el agente de la CIA, llamado Harold Sterling.

Por fin, la espía internacional cerró la radio, la guardó en el maletín, encendió un cigarrillo, y miró a los tres hombres, uno tras otro.

—Tengo la impresión —deslizó con suave frialdad— de que ninguno de ustedes conoce el idioma ruso.

—No —musitó Sterling—. Es cierto, Baby: ninguno hablamos ruso.

Ella pareció esforzarse en contener un gesto de desaliento.

—Supongo, Sterling, que usted es uno de los agentes de la CIA con destinos fijos en las Américas.

—Sí.

—Entonces, habrá que disculparle que no sepa el ruso... Pero debería saberlo. Hoy en día no se puede ser espía sin conocer el idioma soviético. ¿Lo saben sus hombres, señor Valle?

—No... No, lo siento. Pero no creo que sea imprescindible para ser un buen espía.

—Desde luego que no. Mmm... Imagino que se están preguntando con quién he estado hablando en ruso, de modo que voy a quitarles la duda: es un amigo mío de... aceptable confianza, que se encargará de los quinientos mil dólares, y los pondrá a buen recaudo para mí hasta que yo pueda ir a recogerlos. Vendrá dentro de... cinco horas, aproximadamente —sonrió como una niña traviesa—. O sea, cuando sepa todo lo que pueda interesarnos respecto a los dos hombres que nos estuvieron siguiendo y vigilando a Ceballos y a mí.

—¿Su amigo ha estado siguiendo a quienes seguían a usted y a Rolando?

—Un viejo truco de espionaje, que a veces incluso da resultados. Desayuné esta mañana en el avión, y desde entonces no he probado bocado. ¿Sería mucha exigencia por mi parte solicitar algo de comer?

Ofelio Valle se mordió los labios, y le hizo una seña a Ceballos, que salió de allí a toda prisa, sin duda hacia la cocina del pesquero. Harold Sterling se sentó delante de la espía, sonriendo, simpáticamente, muy divertido. Brigitte lo miró, pero pareció que ni siquiera lo veía. Volvió a mirar a Ofelio Valle.

—En cuanto a la posición del pesquero, la vamos a cambiar, señor Valle. Ordene rumbo a Santo Domingo.

—¿A Santo Domingo? Pero...

—Volveremos aquí cuando sea conveniente.

—Pero su amigo no podrá encontrarnos si nos movemos...

—Mi amigo, señor Valle, nos encontraría aunque nos fuésemos a Groenlandia en submarino. No se preocupe usted por esos detalles. Ahora, ordene rumbo a Santo Domingo.

—Quiero aclarar una cosa —gruñó Ofelio Valle—: usted va a mandar en la escuela, pero yo mando en todo.

Los azules ojos parecían trozos de hielo teñido.

—Usted, señor Valle, mandará en mí cuando me demuestre que puede proporcionarme seguridad. Y hasta el momento, tengo que decir que todo su sistema me parece calamitoso. Estamos localizados, ustedes están posiblemente identificados, y si nos atacan me pregunto qué sería de mí, a ciento cincuenta kilómetros de Santo Domingo, a medio del islote de Velo Alto, el cual está a su vez a quince de Isla Beata, la cual está a cinco de la costa habitada de La Española. Tengo la impresión de que si nos atacasen estando aquí, me vería muy apurada para escapar. Y yo nunca trabajo sin una salida de escape.

—Por lo menos —sonrió Sterling—, nos está demostrando que sabe mucho de Geografía. Creo que deberíamos seguir las... sugerencias de Baby, Ofelio.

—Está bien —farfulló Valle—: pondré rumbo a Santo Domingo. Pero tardaremos lo menos seis horas en llegar allá. Será de noche.

—Espléndido, porque estamos en luna llena, y el mar es encantador en esas circunstancias. ¿No lo creen así?

—Sin duda —rió Sterling, que parecía pasarlo muy bien—. ¿Qué haremos durante el viaje? ¿Dormir?

—Reúnan a los alumnos en cubierta. Tomaremos unos tragos, fumaremos, cambiaremos impresiones.

—En suma —susurro Sterling—: los va a someter a un *test* psicológico para futuros espías.

—En efecto —sonrió de pronto Brigitte—. ¿Se oponen ustedes?

Los dos movieron negativamente la cabeza. Rolando Ceballos apareció, portando una bandeja con alimentos, que dejó en la mesita, junto al dinero. Brigitte vio el saquito de lona, metió dentro los billetes, dejó el saquito a sus pies, y miró la bandeja con el ceño fruncido.

—¿No hay champaña? —protestó.

—¿Cham... Champaña? —tartamudeó Ceballos.

Ella le miró como si fuese tonto de pies a cabeza. Pero acabó por suspirar, resignada.

—Aceptaré las cosas como están..., por el momento. Pueden desearme buen provecho y subir a reunir a los hombres en un lugar cómodo de la cubierta. No tardaré ni diez minutos.

Capítulo III

¿DISPUESTOS PARA ENTRAR EN ACCIÓN, CABALLEROS?

Las luces de Santo Domingo, se veían ya hacía no menos de media hora cuando Baby se puso de pie, dando por terminado el *test* al aire libre. En realidad, había sido una conversación de lo más amable y simpática, durante la cual, todos, excepto Ofelio Valle, habían reído a menudo, subyugados por la personalidad de la profesora. Pese a que la conversación fue larguísima, todos se sintieron decepcionados cuando terminó.

Pero ya se había hablado lo suficiente, y Brigitte, tras ponerse en pie, fue a apoyarse en la borda, mirando hacia las luces de Santo Domingo. Harold Sterling se colocó a su lado, ofreciéndole un cigarrillo, que ella aceptó, sonriendo.

—Gracias, Harold.

El hombre de la CIA le ofreció fuego, encendió también su cigarrillo, y musitó:

—¿No me pregunta por qué hago esto? En realidad, es un poco como traicionar a la CIA, ¿no le parece?

—Es traicionarla completamente —sonrió de nuevo Baby—. Fomentar el espionaje fuera de Estados Unidos es traicionar a la CIA de un modo absoluto, me parece a mí.

—Usted jamás traicionará a la CIA, Baby, lo sé.

—Bueno... Quinientos mil dólares son muchos dólares, y hay que tener en cuenta que no estoy haciendo nada directamente contra la central. ¿Cuánto le han pagado a usted?

—Bastante menos.

—Pues no debió aceptar, Harold: cuando uno se vende, que sea a buen precio.

Sterling se mordió los labios. No supo qué responder a esto, y varió la conversación.

—¿Qué opina de esos ocho hombres, Baby?

—Nada.

—¿Nada? Les ha hecho un *test*, y creo...

—No sé si usted y Ofelio Valle pretenden tomarme el pelo, Harold. En toda mi vida he conocido hombres menos aptos para el espionaje. Son ingenuos, de mente asombrosamente simple, de cultura más bien... escasa. Solamente hablan el español, y muy deficientemente el inglés. Cinco de ellos no sabrían orientarse por las estrellas. Casi la totalidad, desconocen los hechos más significativos de la historia universal. Dos, ignoraban, o no estaban completamente seguros, de que el caviar son huevos de esturión. Cuatro, no tienen ni idea de cuáles son los momentos en que un hombre debe llevar *smoking* y cuándo no debe llevarlo bajo ningún pretexto... ¿Para qué seguir? Son una nulidad.

—Quizá usted ha exagerado el examen.

—¿De veras lo cree así? —se asombró la mejor espía del mundo—. Oh, vamos... Harold: ¿se imagina que uno de esos hombres se pierda en el mar, en una lancha, y en lugar de navegar hacia tierra firme, guiado por las estrellas, se adentre más y más en el océano?

—Bueno...

—¿No oyó lo que dijo uno? ¡Dijo que le gustaría comer un gran trozo de caviar! ¡Estaba convencido de que era una especie de... faisán, o quizá una ternera! Harold: ¿realmente usted pertenece a la CIA?

—Realmente. No olvide que fui yo quien proporcionó a Ceballos la frecuencia de radio del sector de Nueva York.

—Bien... En ese caso, habrá oído hablar de mí, de Baby.

—¡Naturalmente! ¡El mejor elemento de la CIA, la espía jamás vencida en el mundo, la...!

—¿Y sabiendo todo eso pretende engañarme? —cortó Brigitte.

—¿Engañarla? —respingó Sterling.

—Eso he dicho. ¿Quiénes son esos hombres? ¿Quién es Ofelio Valle? ¿Qué es lo que *realmente* están tramando ustedes?

—Ya le hemos dicho que la escuela de...

—¡No diga más tonterías! ¡Esos hombres necesitarían tres años de durísima labor para convertirse en espías! Y serían mediocres...

¿De verdad pretenden que en tres meses yo los convierta en gente útil para el espionaje?

—Sólo se trata de que usted ponga en marcha la escuela.

—Supongamos que acepto eso. ¿Quién seguiría en director de esa escuela?

—Seguramente, yo.

Brigitte tiró el cigarrillo al mar, y se volvió hacia el hombre de la CIA, mirándolo fijamente, intensamente.

—Me están engañando —sonrió de pronto, como un querubín—. Pero no importa. A fin de cuentas, he cobrado mi medio millón, y he sido leal con ustedes. Hasta aquí no hay problemas. Los que surjan en adelante... serán por culpa de ustedes.

—Le aseguro...

—No más mentiras —señaló con un dedito hacia Santo Domingo, a la cual se iban aproximando rápidamente—. Será mejor que atendamos a mi amigo. Ahí llega.

Sterling vio entonces la roja lucecita piloto, y la blanca estela de agua espumosa que la lancha iba dejando atrás, brillando en color plata. Cuando la lancha llegó junto al pesquero, navegando a su velocidad y a su altura, la propia Brigitte dejó caer una gruesa cuerda, a cuyo extremo, el solitario tripulante de la lancha amarró ésta, que continuó navegando pegada al costado del pescante, ya a motor parado. Ofelio Valle y Ceballos se asomaron por la borda, pero casi no pudieron ver nada. Apenas una sombra. Rolando Ceballos se disponía a lanzar la escala de cuerda, pero Brigitte se lo impidió. Sabía lo que hacía, porque apenas cinco segundos más tarde un gigante atlético, completamente vestido de negro, ascendía por la cuerda, a pulso, casi sobresaltando a Ceballos y Valle al llegar arriba, con toda facilidad, en un tiempo absolutamente récord, y con una facilidad increíble.

Pasó a cubierta sin ayuda de nadie, y todos, absolutamente todos, quedaron pequeños a su lado, incluso Harold Sterling. Zapatillas negras, pantalones negros, jersey de fino hilo negro, el rostro bronceado al máximo; el atlético gigante, cuya anchura de hombros era pasmosa, descolgó de uno de ellos un estuche de piel que colgaba por una fina correa.

—¿Los viste? —preguntó Baby, en español.

—Claro. Hay dos más en Santo Domingo. Los del aeropuerto os

siguieron hasta el *Barracuda*, pero manteniendo muy buena distancia, y usando prismáticos especiales. Regresaron a tierra, y fueron a ver a otros dos, como te digo. Esos dos...

—¡El maletero! —exclamó de pronto Ceballos—. ¡Este hombre es el maletero del aeropuerto!

Angel Tomás lo miró con una fría sonrisa irónica.

—¿Va a reclamarme los diez pesos, Ceballos?

—Me engañaron... ¡Me engañaron los dos, y no...!

—Oh, cálese —refunfuñó Brigitte, fastidiada—. Sigue, Angel.

—Los otros dos, están vigilando a un hombre, en un hotel. El mejor y más importante de Santo Domingo, frente al mar, en el paseo George Washington. El hotel se llama Brisa Azul.

Se interrumpió, porque Ofelio Valle había lanzado una exclamación incontenible. Cuando Brigitte lo miró, comprendió que Valle estaba arrepentido de su escaso dominio sobre sí mismo, pero ya era tarde.

—¿Qué le ocurre, señor Valle?

—Nada... Nada.

Brigitte entornó los ojos.

—¿Está seguro?

—Desde luego. Es sólo que... Bueno, conozco ese hotel, y me ha sorprendido, eso es todo.

Brigitte alzó las cejas divertida. Si cada vez que ella oía mencionar un lugar que conocía, tuviese que lanzar una exclamación, se pasaría la vida dando gritos admirativos. Por supuesto, Ofelio Valle estaba mintiendo. De una manera ingenua y tonta, pero, mentía.

—Comprendo —sonrió la espía—. Sigue, Angel.

—Decía que el hotel Brisa Azul tiene un cliente que merece el interés de esos cuatro hombres tanto como vosotros. Dos de ellos, ya te digo, no le pierden de vista.

—¿Averiguaste el nombre de ese personaje?

—Todavía no. No me diste tiempo, si quería estar aquí a la hora convenida.

—Esos cuatro hombres... ¿Qué opinas de ellos?

—Son espías —el apuesto y viril atleta sonrió secamente—. De los baratos, pero espías entrenados... Disponen de armas, radios de bolsillo, cámaras para microfotos... Y me parece que también tienen

receptores y micrófonos. Son hispanoamericanos. Seguramente, del Centro de América. Uno de ellos, de unos cuarenta años, fue militar.

—¿Cómo puede saber eso? —exclamó Ceballos.

—¿Se quiere callar? —se irritó Brigitte—. Si Angel dice que uno de ellos fue militar, es que fue militar. ¿Tiene eso importancia, Angel?

—No lo sé aún. Desde luego, el hombre al que vigilan, no lo fue, ni lo es. Es un personaje... interesante. Cuarenta años, ojos oscuros, elegante, millonario, desenvuelto... Muy inteligente y ambicioso. No me gusta.

—Entiendo. ¿Están esperando al *Barracuda* más cerca de Santo Domingo, no es cierto?

—Sí. Tienen una lancha rápida, deportiva. En ella están los dos que os siguieron desde el aeropuerto. Pero no van a entrar en acción todavía. Están esperando algo.

—¿Refuerzos?

—Evidentemente. La lancha es roja y verde, con capacidad para una docena de hombres, incluso. Velocidad máxima treinta y cinco nudos. No parece que tenga armas de largo alcance camufladas en el casco o en cubierta. Pero, indudablemente, sí tienen una emisora de largo alcance, con la que habrán llamado a Centroamérica pidiendo refuerzos. Ellos no son dominicanos, desde luego.

—¿Conseguiste colocarles un micrófono?

—No me pareció conveniente. ¿Para qué, si sé lo que están haciendo y conozco sus pasos? Cuando sea oportuno, lo haré.

—Lo dejo a tu criterio. Última pregunta: ¿te parece que el hombre del hotel corre peligro?

—Por ahora, no. Es una pieza valiosa a la que se limitan a vigilar estrechamente.

—El hombre del hotel..., ¿ha tenido contactos con alguien?

—Que yo sepa, no. ¿Te han pagado?

—Sí. Quinientos mil dólares auténticos. Te encargarás de ellos, y ya sabes lo que tienes que hacer. ¿Quiere subirme el dinero, Ceballos?

Rolando Ceballos asintió, todavía aturdido por la personalidad de aquel hombre. En verdad, Baby era notable en todos los extremos, pero aquel desconocido que decía llamarse Angel Tomás, no se quedaba atrás ni un solo paso. ¿Cómo podía haber hecho

tantas cosas, saber tantas cosas...? ¿Qué clase de hombre era el bronceado Angel Tomás? Un solo hombre que controlaba a cuatro, más el del hotel, y que estaba en todas partes, que lo sabía todo, que lo adivinaba todo.

—Déjelo, Ceballos —llamó Brigitte, de pronto— bajaré yo misma, con Angel. Quiero ver bien lo que me ha traído.

Ante la expectación de los «alumnos», los cinco descendieron al interior del pesquero. Allí, Baby abrió el estuche de piel, y sacó una docena de fotografías en colores, dignas de un artista. Se veían cinco hombres, cada uno de ellos en dos poses diferentes. Luego, una lancha grande, roja y verde. Por último, el jardín-terrazza de un hotel, que sólo podía ser, lógicamente, el Brisa Azul.

—Eres genial —sonrió Baby.

—Yo, y la «Polaroid» instantánea. El que está sentado en la terraza, claro, es el que están vigilando. Estos dos —apartó cuatro fotografías—, son los de la lancha. Y de los que vigilan al del hotel, el que fue militar es...

Se quedó mirando a Brigitte, que señaló sin vacilar a uno de ellos.

—Éste.

—Exacto.

Brigitte colocó de pronto las fotografías en manos de Ofelio Valle.

—¿Conoce a alguno de estos hombres, señor Valle?

—No... No, lo siento.

—Mírelos bien, por favor.

—Ya los he visto, mientras los miraba usted. No los conozco.

Brigitte asintió con la cabeza, y guardó las fotografías en el estuche, inexpresivo el rostro. Angel Tomás, dijo de pronto, en ruso:

—Supongo que te das cuenta de que te están mintiendo.

—Lo sé, mi amor, lo sé —replicó ella, también en ruso—. Me están queriendo engañar desde el mismo momento en que abordé este maloliente pesquero. Te diré otra cosa: no hay en este barco más que un solo hombre que sea espía de verdad; supongo que sabes a cuál me refiero. Los demás, son unos estúpidos incultos que se sienten satisfechos de tener una pistola.

—¿Qué están tramando?

—Lo ignoro. Encárgate del hombre del hotel. Quiero saber su

nacionalidad, quién es exactamente, a qué se dedica... Todo. Pero no intervengas: sólo averigua cuanto más mejor sobre ese hombre. Ya me dirás...

—¿Por qué no hablan en español? —protestó Ofelio Valle—. Creo que tenemos derecho a saber lo que hablan ustedes.

—Lo lamento, señor Valle. Estamos acostumbrados a hablarnos en ruso... Solamente le decía que recordase bien las instrucciones respecto al envío del dinero a lugar seguro. Y parece que Angel quiere un poco más de lo que le ofrecí.

—Eso es cuenta de usted, ¿no?

—Desde luego.

—Pues ya solucionarán su problema en otro momento. Ahora, tenemos otro más grave y urgente por resolver.

Baby pareció asombrada.

—¿Tenemos un problema? —preguntó incrédulamente—. ¿Cuál?

—Esos hombres que nos vigilan. Si están esperando refuerzos, sería conveniente actuar antes de que lleguen.

—Es una idea digna de tenerse en cuenta. ¿Qué sugiere usted, señor Valle?

—Cortar por lo sano.

—Cortar por lo sano... ¿Matar a esos cuatro hombres, quizá?

—¿Se le ocurre algo mejor?

—A mí siempre se me ocurre algo mejor que a los demás —sonrió dulcemente la espía—. Por eso cobro quinientos mil dólares por cursillo de... capacitación para espías profesionales.

—Todavía no ha justificado que merezca ese precio, Baby. Y quisiera tener la seguridad de que no hago el tonto dejando que su amigo se marche con el dinero...

—Estás complicando las cosas, Ofelio —intervino el hombre de la CIA, Harold Sterling—. Deja que Baby resuelva los problemas a su manera. Yo te garantizo el total éxito en todo momento.

—Maravilloso voto de confianza, Harold. Muy amable —musitó la divina espía.

—Oh, vamos, dejémonos de tonterías... Yo sé lo que hago, sé lo que se puede esperar de usted. Ofelio no lo admite, pero yo sí. Ahora, dejemos a un lado la palabrería inútil y hagamos algo. Usted decida qué es lo que conviene hacer.

—Supongamos que matamos a esos cuatro hombres, Harold...

¿Qué pasaría después? Llegarían los demás, y nos atacarían. Ellos deben haber enviado mensajes por radio, como asegura Angel con toda lógica. En estos momentos, los compañeros de esos cuatro hombres, saben dónde estamos, y que navegamos a bordo de un pesquero llamado *Barracuda*.

—Podemos cambiar el nombre del pesquero cuando queramos —dijo Ofelio Valle—. Esa contingencia estaba prevista.

—Ah... Eso cambia el aspecto de la cuestión... Podemos cambiar el nombre del pesquero, y navegar por otras aguas. Si además de eso, retiramos de la circulación a los cuatro hombres, cuando lleguen sus amigos se encontrarán completamente desorientados...

—En efecto.

—Hay una cosa que me pregunto, señor Valle: ¿cuál es su nacionalidad?

—¿La mía? ¿Qué importa eso? —gruñó Valle.

—Usted... Ninguno de ustedes, es dominicano. ¿Por qué entonces esperarme a mí aquí, en República Dominicana? ¿Será éste el lugar de asentamiento de su escuela de espionaje, su base de operaciones una vez esté el grupo en condiciones de actuar? ¿Por qué no forma esa escuela en su país, Valle?

—Podría decirle que eso es cuenta mía, pero le diré la verdad. Para cuando lleguemos a mi país, quiero que mis hombres estén ya entrenados. Si durante el aprendizaje surgiesen contratiempos, nos bastaría marcharnos a otro lugar. Y de este lugar, a otro, y a otro... Pero no quiero tener que huir de mi país: cuando llegue allí, será para instalar la escuela, la base, con todas las garantías de un grupo bien entrenado y que sabe lo que tiene que hacer.

—Entiendo. Muy inteligente actitud. Otra pregunta: ¿es de usted todo el dinero que yo pediré para la instalación de la escuela definitiva? Tenga en cuenta que serán varios millones de dólares. Habrá que comprar radios, armas modernas, computadoras, lanchas helicópteros, aviones, radar... Todo esto costará millones de dólares... ¿Es de usted ese dinero? ¿Tiene el suficiente?

—Ahora sí le digo que no es cuenta suya. A su debido tiempo, pida usted el dinero, y lo tendrá. Eso es todo. Y ahora, sabiendo que podemos cambiar el nombre del pesquero, y marcharnos de estas aguas, sólo queda por hacer una cosa: matar a esos cuatro hombres.

—Bien... Pero considero más inteligente atraparlos vivos, y así

se hará. Quiero hacerles unas cuantas preguntas a esos hombres. Supongo que está de acuerdo, señor Valle.

—Él está de acuerdo —dijo rápidamente Sterling, impidiendo la respuesta personal de Valle—. Haremos lo que usted dice, Baby. Ahora, díganos cómo.

—Esa es mi pregunta —apoyó sarcásticamente Valle—: ¿cómo los atraparemos vivos?

—Hay mil medios, Ofelio —sonrió Sterling, interviniendo de nuevo—. Sólo se trata de emplear el que Baby elija.

—De acuerdo. ¿Cuántos hombres va a necesitar?

—Ninguno —sonrió Brigitte—: lo haré personalmente, en su mitad. La otra mitad, la hará Angel, en tierra firme. ¿Sí, Angel?

—Lo que tú quieras —sonrió el atleta bronceado.

—Entonces, nos iremos ahora mismo en tu lancha.

—Un momento: ¿están diciendo que cada uno de ustedes, por separado, sin ayuda, van a capturar vivos a dos hombres?

—¿Quieres dejarla en paz de una vez? —se disgustó definitivamente Harold Sterling—. Por todos los demonios, Ofelio, ya te hablé de Baby, sabes de ella tanto como yo, te conté las cosas que ha hecho en la CIA... Maldita sea, déjala que tome decisiones, y que haga lo que le venga en gana. Ella no fallará.

—¡No voy a permitir que ellos dos se vayan solos en la lancha de este hombre...! ¿Quién me garantiza que no desaparecen con el medio millón de dólares y nos dejan aquí como tontos?

Harold Sterling vaciló visiblemente, y miró a Brigitte.

—Bueno... Caramba, Baby, no puedo discutir esa idea de Ofelio...

—Está bien. Pueden venir ustedes dos con nosotros, si han de estar más tranquilos.

—Iremos Ceballos y yo —dijo Sterling—. Ofelio continuará al mando del pesquero, si le parece bien.

—De acuerdo. Alguien ha de dar órdenes aquí. Que sea el señor Valle, si así conviene. ¿A qué distancia calculas que estamos de esa lancha, Angel?

—Diez millas.

—Muy bien. Ellos están vigilando nuestra posible llegada a Santo Domingo, y seremos nosotros quienes les daremos la sorpresa de una visita... de cortesía. En tu lancha saldremos ahora Ceballos,

Sterling, tú y yo. Usted, señor Valle —lo miró amablemente— verá una bengala muy pequeña, de color azul pálido, casi como una estrella, dentro de... media hora. Navegue hacia el lugar donde la vea, y encontrará la lancha de esos hombres. Todo lo que tendrá que hacer entonces será acercarse, sin cuidado alguno. ¿Entendido?

—Esa parte, sí. Pero usted, ¿qué hará?

—Lanzar la bengala —sonrió la divina—. Cuando lleguen a tierra, Angel los llevará a ustedes —miró a Ceballos y Sterling— hasta donde están esos dos hombres vigilando al del hotel. Angel se encargará de todo me llamará comunicándome que ha terminado el trabajo, y yo, ya en el pesquero de nuevo, le diré adonde tiene que llevarlos a ustedes dos y a los tipos que vigilan al del hotel. Eso es todo.

—¿Y el del hotel? —musitó Valle.

—Lo dejaremos hasta saber por qué lo vigilan los mismos cuatro hombres que nos vigilan a nosotros. Mañana sabremos algo, y entonces quizá le llegue el turno a ese caballero del hotel Brisa Azul. Pero por ahora, que viva tranquilo. ¿Alguna duda?

—No.

—Entonces, todos a la lancha... Angel: el dinero.

—Oh, sí. Respecto a mi parte...

Brigitte frunció convincentemente el ceño.

—Es una cuestión que solucionaremos tú y yo cuando sea conveniente. Primero, ganémonos el sueldo ante estos caballeros.

—Está bien, pero insisto en que mi parte debería ser mayor.

Brigitte hizo un gesto de fastidio con la mano. Fue a su camarote, estuvo allá apenas dos minutos, y salió portando su maletín..., y completamente vestida de negro con una fina malla que cubría absolutamente todo el cuerpo, hasta la barbilla, adhiriéndose completamente a las sugestivas, sensacionales formas de la más linda espía del mundo.

—¿Dispuestos para entrar en acción, caballeros? —sonrió ella.

Capítulo IV

DOS ESPÍAS EFICIENTES: ANGEL Y BABY - NO ME DESPIERTEN, POR FAVOR: ESTOY UN POCO FATIGADA

La lancha navegaba lentamente, sin ninguna luz, ni siquiera la diminuta de situación, la luz-piloto. Tras ella, el agua apenas se movía... Pero la luz de la Luna era un detalle que había que tener muy en cuenta a efectos de visibilidad en la clara noche caribeña.

Por eso, todavía a un tercio de milla de donde se veía la luz roja de una embarcación, apenas a una milla del puerto de Santo Domingo, Angel Tomás señaló hacia allí, al parecer un poco preocupado.

—Allí la tienes... Son más de quinientas yardas.

Baby asintió con la cabeza. Estaba metiendo el maletín rojo con florecillas azules dentro de una bolsa de plástico que precisamente había sacado del maletín. La cerró herméticamente, y se la colocó a la espalda, sujetándola por medio de un fino hilo de nylon transparente.

—Deberás estar atento a mi llamada, Angel. Calculo que se producirá dentro de una hora. ¿Tienes tiempo suficiente para tu trabajo?

—Desde luego. Pero no veo la prisa. Yo podría...

—Lo haré sola. Ya nos veremos. Adiós, Harold, Ceballos... No le compliquen la vida a Angel.

Se acercó más al borde de la lancha. Angel Tomás fue hacia ella, procurando disimular su tensión. Durante un par de segundos, hubo algo extraño en la mirada que cambiaron los dos espías. Algo que captó Sterling, pero que no pudo definir, no supo concretar. Luego, sin una sola palabra más, Baby se dejó caer al agua, aprovechando la marcha lenta de la embarcación. Vieron el círculo de espuma que

se formó... y eso fue todo.

Angel Tomás estuvo tres o cuatro segundos mirando hacia aquel punto. Luego, impenetrable el rostro, volvió a los mandos de la lancha, y aumentó la velocidad de ésta, hacía el puerto de Santo Domingo.

—Esa... esa mujer está loca —jadeó Ceballos—... ¡Está loca! Podríamos haber ido varios hombres allá...

—Calla, Rolando. Baby hará su parte. ¿No es cierto, Tomás?

El bronceado atleta asintió sombríamente.

—La hará —susurró—... Hasta ahora, siempre la ha hecho.

Las últimas cien yardas, las recorrió Brigitte nadando bajo el agua, apareciendo en la superficie solamente cuando precisaba renovar el aire en sus pulmones, a intervalos de casi veinte yardas. Aparecía, tomaba aire, y volvía a sumergirse, para convertirse en invisible con su negra malla bajo las aguas de presagios tenebrosos.

Así, tras doscientas agotadoras yardas de natación entre dos aguas, llegó finalmente al casco de la lancha, que flotaba en silencio, al paio. Motores parados, luces apagadas excepto la roja de situación. Sin duda de ninguna clase, en la cubierta, los dos hombres habían visto la lancha de Angel Tomás, pero ya debían incluso haberla olvidado al ver cómo continuaba acercándose a Santo Domingo. No era probable que esperasen que una mujer, después de recorrer poco menos de un tercio de milla, estuviese pegada al casco de su embarcación, buscando el modo de subir a bordo.

Y lo encontró por el sitio más peligroso de todos: la popa, justamente sujetándose a la hélice y al mástil que la unía al motor interior de la lancha. Primero fueron las manos las que se clavaron con fuerza en él mástil del motor; luego, cuando éstas hubieron ascendido resbalando suavemente, los pies quedaron uno sobre cada una de las aspas de la hélice... Si en aquel momento el motor hubiese sido puesto en marcha, los pies habrían sido cercenados inmediatamente; luego, parte de las piernas; y finalmente, al caer el cuerpo sobre las tres aspas girando a miles de revoluciones por minuto, todo el cuerpo habría quedado absolutamente mente destrozado, acuchillado.

Pero los motores no fueron puestos en marcha, y tras un minuto de silencioso esfuerzo, de retención del jadeo producido por el

cansancio, una de las pequeñas manos deliciosamente manicuradas se crispó en la borda de popa. Al segundo siguiente, todo el cuerpo pendía de aquella mano, relajándose, descansando pese al esfuerzo que significaba mantenerse colgada en aquella posición. Luego, la otra mano se aferró a la borda, lentamente... La lancha no se había movido bruscamente ni una sola vez. Continuaba igual, meciéndose sobre las olas. Era imposible que nadie hubiese notado aquel peso adicional en la embarcación.

Alzándose a pulso, flexionando los brazos, Brigitte pudo por fin colocar su cabeza al nivel de la borda, para mirar de popa a proa. No vio a nadie, de momento.

Pero a los pocos segundos, vio al hombre, destacando por su blanca camisa, en la proa, sentado, de espaldas a ella. En efecto, tenía unos prismáticos en las manos si bien no parecía sentir mucho interés hacia ellos.

Y no lo sintió durante un larguísimo minuto, durante el cual, la divina espía tuvo que estar suspendida en la borda, flexionando los brazos cada quince segundos para echar un vistazo. Una cautelosa tarea que resultaba agotadora, pero que finalmente tuvo su premio: por fin, el hombre se colocó los prismáticos ante los ojos, y miró mar adentro y hacia el Oeste; es decir, hacia donde se suponía que debería aparecer el pesquero *Barracuda* si sus ocupantes se decidían a acercarse a Santo Domingo.

Durante el minuto escaso que estuvo mirando, Brigitte tuvo tiempo sobrado para escalar la borda. Llegó a cubierta, se acucilló allí como una sombra, y esperó. El hombre dejó los prismáticos en cubierta, junto a él, se inclinó, y encendió un cigarrillo, de modo que ni la llama del encendedor ni la brasa del cigarrillo pudiera ser vista desde fuera de la lancha. Luego, continuó sentado, fumando tranquilamente, siempre inclinándose en el momento de chupar del cigarrillo. Al terminar éste, lo apagó en la cubierta, y luego tiró la colilla al mar.

De nuevo tomó los prismáticos, enfocándolos hacia el mismo punto de antes.

Entonces.

Justamente entonces, la espía dejó de ser una sombra inmóvil. Se incorporó lentamente, y comenzó a deslizarse hacia proa, pasando junto a la pequeña cabina de mando, por estribor; bajo

ésta, se veía la pequeña puertecilla que llevaba al interior de la lancha, donde debía estar el segundo hombre.

Pero éste, de momento, no interesaba. El que interesaba era el de proa, que continuaba mirando con los prismáticos. Los bajó de pronto, farfulló algo, quedamente. Su mano se apartó, para volver a dejarlos en la cubierta. Tras él, a menos de cuatro pies, la sombra se mostraba alzando la mano derecha. Otro paso más...

El hombre se volvió, de pronto, sobresaltado. Por un instante, vio aquella sombra cerca de él, y la estupefacción, el sobresalto, le impidieron llevar la mano a su sobaco todo lo rápidamente que le habría convenido... Aunque, en realidad, va no había nada que hacer. La mano derecha de Baby cayó con terrible fuerza sobre la cabeza del hombre, acertándole de lleno en la frente. Se oyó un seco chasquido, como el de madera seca golpeando contra madera seca. El hombre fue lanzado de lado contra la borda de popa, en extraña postura. Rebotó, puso las manos en cubierta, agitó la cabeza... De nuevo la pequeña mano femenina le golpeó, rígida, dura como una piedra debido a la tensión del karate, ahora en la nuca.

Y el hombre pareció aplastarse de bruces contra las tablas de cubierta, quedando completamente inmóvil.

Brigitte se inclinó sobre él, le quitó la pistola, y la tiró al mar, con indiferencia. Movié un poco al desconocido, que era uno de los que había visto en el aeropuerto, para asegurarse de que su desvanecimiento era total y completo.

Se incorporó, mirando hacia la puertecilla que llevaba al interior de la lancha. Muy cerca de ella, había un bote de goma, hinchado. Dentro de él, dos pequeños canaletes de plástico, sólidos, de unos cuatro pies de largo. Tomó uno de ellos, fue a la puerta, la abrió silenciosamente apenas una pulgada, y miró al interior, abarcando de un solo vistazo toda la cabina habitable: Tenía casi diez pies de fondo, y siete de ancho. A un lado, se veían varias literas alzadas, y una abatida, la inferior, que se utilizaba también como asiento durante el día. Una mesita, sillas de aluminio y plástico... Al otro lado, más literas, todas ellas plegadas. Y junto a ellas, un hombre, sentado en una de aquellas sillas de tubo de aluminio y tela de plástico. Un rectángulo de chapa de madera había sido bajado, dejando al descubierto una emisora cuya potencia valoró

inmediatamente la espía internacional. El hombre estaba hablando en aquel momento, en español:

—... Novedad, y creo que deberíamos acercarnos más. Es posible que decidan alejarse de las cercanías de Alto Velo, y entonces los perderíamos de vista. La distancia a que nos mantenemos es excesiva, pero tampoco podemos dejar solos a Roque y Feliciano en Santo, Domingo. Esperamos que para primeras horas de mañana llegarán los...

El hombre se volvió, de pronto. Vio la negra figura femenina en la puerta de la cabina interior, y sus ojos se desorbitaron. Se puso en pie de un salto, derribando la ligerísima silla, y su mano fue hacia el interior de la chaqueta, en busca de la pistola.

—¡Mateo! —llamó—. ¡Mateo...!

El canaleta ya estaba volando hacia él, lanzado por el fino bracito de la espía, con una fuerza y una precisión increíble. La punta sin pala dio en el pecho del hombre, tirándolo contra la radio violentamente. Rebotó, cayó de rodillas, y sus manos fueron hacia el pecho, al tiempo que empezaba a toser, congestionado, llenos de lágrimas los ojos. Más que probablemente, el canaleta, dando de punta en su pecho, había roto un par de costillas por lo menos.

Pero tosiendo, y ciego por las lágrimas de dolor, el hombre se puso en pie, tambaleante, llevando de nuevo la mano a la pistola, bajo su chaqueta. Para entonces, el canaleta había sido recuperado por Baby, que lo utilizó de nuevo con la punta por delante, golpeando al hombre otra vez en el estómago, fuertemente, obligándole a doblarse, a inclinarse hacia delante... El canaleta giró en las bellísimas manos femeninas, y ahora fue la pala, de canto, la que golpeó en la nuca del hombre, abatiéndolo como fulminado, inconsciente.

Brigitte tiró la pala a un lado, se acercó a la radio, y movió la clavija del cambio de emisión.

En el acto, se oyó una voz excitada, alarmada, en español:

—¡Germán! ¿Qué ocurre, Germán? ¡Cambio!

Brigitte se quedó mirando la radio, inexpresiva. Tal como esperaba, al no recibir respuesta, la persona que se comunicaba con el llamado Germán recuperó la emisión, insistiendo:

—¡Germán! ¡Mateo! ¿Qué está ocurriendo? ¿Por qué no contestáis? ¡Germán!

Brigitte se colocó ante el micrófono.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó—. Cambio.

—¿Quién es usted? —exclamó el hombre—. ¿Qué pasa con Germán y Mateo? ¿Qué ha ocurrido? Cambio.

—Dígame quién es usted y quiénes son Germán y Mateo. Es posible que lleguemos a entendernos. ¿Desde dónde llama usted? Cambio.

Ya no se oyó la voz del hombre. Lo cual era perfectamente comprensible para Baby, que se limitó a encoger los hombros y cerrar la radio. Al menos, en esta ocasión, sabía que sí estaba tratando con espías. No precisamente de calidad, pero espías profesionales.

Subió a cubierta, registró el tipo de arriba, y bajó con lo que encontró en sus bolsillos: radio de corto alcance, un micrófono, un encendedor con cámara para micrófonos, dinero en moneda dominicana, cigarrillos, pañuelo, llaves... y una documentación. A nombre de Mateo Ariño, nacido en Guaragua el día...

Brigitte lanzó una exclamación. ¡Guaragua! Rápidamente, registró al otro, que, aparte de las pequeñas cosas normales en los bolsillos de cualquier espía, llevaba también documentación, a nombre de Germán Vélez, natural de Guaragua... Los dos eran guaraguanos. La sorpresa fue auténtica para la espía internacional.

¿Qué hacían allí los guaraguanos? ¿Qué estaba ocurriendo para que se hubiesen decidido a abandonar su pequeño país en Centroamérica, fronterizo a Honduras, y lanzarse a una aventura de espionaje? ¿Por qué se complicaban la vida los hombres del insignificante Servicio Secreto de Guaragua? [1].

Mateo Ariño y Germán Vélez. En cuanto a los dos hombres que estaban vigilando al tipo del hotel Brisa Azul, se llamaban, según parecía por lo que había oído, Roque y Feliciano. Naturalmente, los cuatro eran de Guaragua..., del Servicio Secreto de Guaragua. ¡Claro...! También Ofelio Valle tenía que ser guaraguano, y los ocho hombres que había en el pesquero *Barracuda*...

Regresó a cubierta otra vez, entró en la pequeña cabina de mandos, y buscó la documentación de la lancha. También era guaraguana, y había sido expedida dos años y tres meses antes en la capital de ese país, a nombre de la compañía de Frutos Tropicales de Guaragua. Bien, eso no la sorprendía, ciertamente. Los servicios

de espionaje tienen miles de inocentes trucos parecidos.

Guaragua... Un pequeño país semitropical que jamás había dado que hablar, a excepción de ciertos problemas fronterizos precisamente con Honduras, pero sin que jamás ocurriese nada grave. Durante un par de minutos, permaneció en la cabina de mando, pensativa. Luego, dejó la documentación de la lancha donde la había encontrado, y volvió abajo... Ocultó las documentaciones de Mateo Ariño y Germán Vélez, y tiró la pistola de éste al mar, por una de las pequeñas ventanas circulares. Luego, a toda prisa, registró la pequeña cabina-alojamiento de la lancha, pero no encontró anda de interés.

Finalmente, subió una vez más a cubierta, abrió la bolsa de plástico, luego el maletín, y sacó de éste el secador para el cabello. Y era un secador, en efecto. Sólo que, según quedó demostrado, servía también para lanzar bengalas, por uno de los orificios para el aire caliente.

Así que, una pequeña bengala azul, que en efecto pareció una estrella, estuvo brillando en el cielo, encima de la lancha, durante cinco o seis segundos, antes de extinguirse bruscamente.

Bien: ella había hecho su parte.

Y naturalmente, Angel Tomás haría la suya. Estaba segura de ello. Segurísima.

Para asombro de Ceballos, e incluso del espía norteamericano Harold Sterling, el maletero del aeropuerto llamado Angel Tomás tenía a su disposición un formidable coche de importación norteamericana, cerca del puerto. Había dejado la lancha allí, y Tomás los había llevado hasta el auto.

En él, se había trasladado al paseo de George Washington, que no era más que la continuación del paseo del Presidente Bellini, ante el puerto. Y una vez en el paseo de Washington, fue facilísimo localizar el hotel Brisa Azul, de cara al mar, entre las avenidas de Báez Lluberes y Pasteur. La entrada era amplísima, con un gran *parking* a la izquierda, bien iluminado. Las plantas tropicales del jardín de entrada estaban iluminadas con luces de colores diversos, y ofrecían un impresionante conjunto tropical de gran belleza. Más adelante, y a la derecha, se veía la gran piscina también iluminada. Y enfrente, el blanco edificio de siete pisos, con hermosas terrazas

que parecían proyectarse como si quisieran llegar al mar cruzando el paseo de George Washington.

Angel Tomás paró el motor, quitó las llaves, y las tiró bajo un asiento. Luego miró a los dos hombres volviéndose hacia el asiento de atrás.

—¿Esperan aquí o vienen conmigo? —preguntó.

—Esperaré aquí —dijo Sterling, fríamente—. ... Espero que no haya complicaciones, Tomás, pero si las hay...

—Entiendo. Si las hay puede marcharse, con el coche. En el muy remoto supuesto de que me detengan a mí, Baby le dirá que no hay nada que temer respecto a mi actitud: nadie me hará hablar.

—Así lo espero.

Angel Tomás asintió con la cabeza. Alzó el asiento delantero derecho, abatiéndolo hacia adelante. Debajo había dos pistolas y Harold Sterling no necesitó indicación alguna respecto a ellas. Luego, Tomás salió del coche, abrió el capó de atrás... y regresó al interior del vehículo con unas prendas de vestir, que se puso con gran habilidad y rapidez, dentro del coche. Cuando terminó, Rolando Ceballos todavía estaba con la boca abierta; ahora, Tomás era un impecable caballero ataviado con un elegante *smoking*. Lo vio coger una de las pistolas, acoplarle un silenciador, y guardarla en un bolsillo interior de la impecable chaqueta, que no alteró su forma. Más claro aún: la chaqueta había sido confeccionada de modo que no se notara bajo ella el bulto de un arma, en ningún momento.

—Hasta luego —dijo Angel Tomás.

—Yo... ¡Yo voy con usted! —exclamó Ceballos—. ¡Quiero ver cómo lo hace!

—De acuerdo. Pero manténgase a distancia. Y ya que viene, esté preparado por si necesitase su ayuda.

—Sí... Oh, sí, sí... Estaré preparado...

Tomás salió del coche y se dirigió hacia la terraza de la piscina. Tras él, Rolando Ceballos, maravillado de la desenvoltura de aquel hombre atlético... que hizo volver la cabeza a varias mujeres durante su recorrido hasta el bar.

A partir de ese momento, Rolando Ceballos se convirtió en espectador privilegiado de un discretísimo pero sorprendente filme de espionaje, exclusivo para él.

Angel Tomás llegó al bar y pidió algo. Se lo sirvieron, estuvo bebiendo tranquilamente durante unos minutos, encendió un cigarrillo... A todo esto, iba mirando hacia todos lados, como quien quiere captar todo un bello ambiente de alegre diversión: los bañistas de la piscina, las bellas damas de la terraza, la pequeña fuente con aguas de colores, las palmeras y flores iluminadas, la diminuta pista de baile... Una orquesta compuesta por seis músicos estaban tocando *Tijuana* o *The Deb Shakes*, de Chaplin, de la película *La condesa de Hong-Kong*. El sonido de la trompeta era vibrante, alegre, trepidante, y las maracas daban un muy adecuado fondo de música caliente, siempre tropical todo.

Por fin, Angel Tomás se dirigió hacia un hombre que estaba sentado solo en una mesa, cerca de la piscina. Para asombro y terror de Ceballos, Tomás se sentó sin más preámbulos ante el hombre, que lo miró vivamente, pero con serenidad. Dijo algo y Angel Tomás le replicó, con aparente indiferencia. El rostro de aquel hombre se crispó, pero sólo un instante. Después miró hacia otro hombre parecido a él, que estaba en la punta opuesta del bar, a la que había utilizado Angel Tomás. Por fin, el hombre que estaba con el «maletero» miró hacia otro hombre, el de la fotografía en colores que no le gustaba a Tomás. Al verlo, Rolando Ceballos se alteró ligeramente, pero volvió en seguida la mirada hacia la mesa de junto a la piscina. Angel Tomás y el hombre que estaba con él se habían puesto en pie. El hombre dejó un billete en la mesa, y se fue detrás de Tomás, haciendo una imperceptible seña al que estaba en el bar. A los pocos segundos, también aquel hombre se fue detrás de su compañero y de Tomás.

Antes de seguirlos a todos, Ceballos miró hacia el hombre que estaba siendo vigilado... También el hombre le había visto a él y, por unos segundos, apareció en sus oscuros ojos una chispa de furia. Ceballos se mordió los labios, y se fue detrás de Angel Tomás y los otros dos.

Los vio perfectamente, caminando por uno de los senderos del jardín, hacia el *parking*. Ya se habían reunido los tres y Tomás iba en medio, tranquilo, fumando. Uno de ellos se paró, excitado... Estaba preguntando algo, pero Tomás movió la cabeza negativamente, y continuó andando, como si arrastrase a los otros dos.

Llegaron al *parking*, y Angel Tomás señaló hacia un auto estacionado en el borde, junto al límite florido de los jardines. Los tres fueron hacia allí... y Ceballos detrás, escondiéndose entre los arbustos de flores y las palmeras enanas, dentro de los límites del jardín, pisando la tierna hierba.

Cuando se detuvieron los tres, se detuvo él, en seco, con la cabeza casi asomando estúpidamente par entre las flores. Angel Tomás habíase colocado junto a la portezuela del lado de la vegetación y había metido la mano derecha en el bolsillo del pantalón, como quien busca la llave del coche. Los otros dos estaban junto a él, mirándolo, tensos, inquietos. Seguían haciendo preguntas, pero Tomás parecía sordo.

Y de pronto lo que demostró sin lugar a dudas la previsible potencia física del atleta bronceado. Nunca antes había visto Rolando Ceballos nada igual, ni seguramente volvería a verlo... Angel Tomás lanzó su puño izquierdo contra el estómago de uno de los dos hombres. Fue un golpe centelleante, brutal, fuerte como podría darlo el brazo de la rueda de una locomotora; un golpe espantoso, seco, en corto, que dejó al hombre petrificado, como clavado contra el coche; fue como si de pronto todo él se hubiese secado, convertido en piedra; un golpe que lo dejó instantáneamente sin conocimiento, paralizado todo su sistema respiratorio.

El otro no tuvo tiempo ni para asombrarse. La mano derecha de Angel Tomás salió del bolsillo, se cerró, fue hacia atrás y luego hacia delante, en un puñetazo idéntico al anterior, igualmente escalofriante, que puso de punta los pelos de Rolando Ceballos. El segundo hombre emitió un profundo quejido al vaciar sus pulmones de aire y quedó como el otro, petrificado, paralizado, inconsciente en el acto... El primero había caído ya, y Angel Tomás dejó que el segundo cayera también a sus pies, impávido.

Entonces alzó una mano y chasqueo dos dedos hacia Rolando Ceballos, que tardó unos segundos en darse cuenta de que Tomás sabía que él estaba allí, y que le llamaba.

Cuando llegó junto a aquel auto que ocultaba la escena en aquel rincón del *parking*, Angel Tomás ya les había quitado las pistolas a los dos hombres, y se las tendió.

—Llévelas al coche. Y dígle a Sterling que lo traiga aquí.

—¿Qué... qué cosa...?

—El coche. Usted métase en el asiento de atrás. ¿Qué espera?

—Nada... ¡Nada!

Se alejó a toda prisa. Sterling lo vio llegar y asomo la cabeza por la ventanilla.

—¿Qué ha hecho ese Tomás? Lo vi con dos...

—Ponte al volante. Yo atrás. Y ve hacia aquel lado del *parking*. Tendrías que haberlo visto... Yo aún no me lo creo. Los llevó al rincón como si fuesen reses al corral, y los ha aplastado con sólo un puñetazo para cada uno.

El coche se movía ya, lentamente, por entre el resto de vehículos estacionados. Sterling musitó:

—¿Cómo los llevó a ese rincón?

—No lo sé... ¡No lo sé! Habló con ellos, se los llevo a los dos... Parecían muy amigos, o algo así... No sé. Te aseguro que la serenidad de ese hombre me ha escalofriado, Sterling.

—Desde que lo vi estoy pensando algo que... No puede ser, claro... Sin embargo, todo coincide...

—¿Crees que lo conoces?

—No personalmente, pero sus rasgos, su personalidad... Oh, no es posible que sea él... Casualidad, eso es todo. ¡Ahí está!

Sterling detuvo el coche delante del otro, formando un más largo muro que ocultaba los próximos manejos de todos ellos. Fueron muy simples, en realidad. Angel Tomás tiró a los dos hombres dentro del coche, en la parte de atrás, como si fuesen de paja, como si su peso fuese una broma a un mito. Luego entró él también atrás.

—Vámonos —dijo.

—¿Adónde? —preguntó Ceballos.

—Eso no importa, Ceballos —musitó Sterling—. Lo esencial es marcharse de aquí... ¿No es así, Tomas?

—Exactamente. Usted, Ceballos, quíteles las corbatas a estos hombres y áteles las manos. Luego, anude los cordones de sus zapatos unos con otros; yo voy a llamar a Baby, mientras tanto.

Sacó un paquete de cigarrillos, y tiró de uno de ellos, haciéndolo sobresalir.

—¿Baby? —musitó.

—Hola, Angel. ¿Has terminado ya?

—Ahora mismo. ¿Dónde los quieres?

—Tráelos al *Barracuda*. Estamos ahora donde viste la lancha por última vez.

—Vamos para allá.

Bajó el cigarrillo, se guardó el paquete y tocó a Sterling en un hombro.

—Al puerto. Le diré lo que vamos a hacer: yo...

—No me lo diga —casi rió Sterling—: usted saltará a la lancha, la llevará a cierto lugar solitario de la playa, y allá, nosotros, que habremos ido con el coche colocaremos a estos tipos en la lancha. Luego yo llevaré el coche a donde estaba antes, usted y Ceballos irán con la lancha de nuevo al puerto, me recogerán allí, llevaremos a estos dos hombres al pesquero y usted volverá con la lancha a Santo Domingo para poner a salvo los quinientos mil dólares. *Okay?*

—*Okay.*

Casi a media noche, los dos hombres capturados por Angel Tomás eran izados a bordo del pesquero *Barracuda*, por medio de cuerdas de las cuales tiraban los futuros espías. Esta vez, Angel Tomás subió a bordo por medio de la escalerilla, igual que Sterling y Ceballos, los cuales conversaban ya con Ofelio Valle, que parecía muy satisfecho.

Tomás se dirigió a Baby, que ya se había quitado a malla negra y llevaba falda y jersey.

—¿Todo bien? —susurró el maletero.

—Sí —sonrió ella, dulcemente—... No me digas que temiste en ningún momento que no pudiera hacerlo.

—A veces soy un poco tonto, lo sé. ¿Me necesitas para algo más?

—De momento, no.

—Entonces —Tomás vaciló, tenso—..., hasta la vista, ¿no?

—Sí —musitó Brigitte—... Hasta la vista.

Angel Tomás se descolgó por la escalerilla, y segundos después se alejaba en la lancha, hacia Santo Domingo. Brigitte estuvo mirándolo, viendo aquella recia figura alejarse envuelta en espuma de mar...

—Han hecho ustedes un buen trabajo —oyó.

Se volvió, un poco contraído el rostro. Pero sonrió inmediatamente, como si no hubiera estado pensando nada

importante.

—Me gusta que lo admita, señor Valle. Y espero que esté comprendiendo que Angel y yo valemos esos quinientos mil dólares.

—Bueno... Es cosa que tendrá que demostrarme mañana, y en días sucesivos. No les he pagado por este trabajo, sino por...

—Sé muy bien por qué me ha pagado. ¿Le parece bien que vayamos abajo, a interrogar a esos hombres?

—Lo dejaremos para mañana —dijo Ofelio Valle.

La divina espía internacional adoptó una expresión incrédula.

—¿Es una broma? —exclamó.

—¿Broma? ¿Por qué?

—No es posible que esté hablando en serio... tenemos a cuatro hombres que, obviamente, se han estado dedicando a vigilarnos... Están abajo, a nuestra disposición, podemos interrogarles, obligarles a hablar a decirnos para quién trabajan, qué se proponían al vigilarnos, qué es lo que saben... ¿Y usted dice que dejemos esto para mañana?

—Eso digo.

—Pero... en ocho o diez horas pueden pasar miles de cosas, señor Valle. Creo...

—Ya le dije que usted mandará en la escuela, pero que yo mando *en todo*, Baby. El interrogatorio de esos hombres se llevará a cabo mañana.

Brigitte Montfort, alias Baby, sonrió, de pronto, como si hubiese sido ella la que hubiese estado diciendo tonterías y ahora quisiera disculparse con aquella dulcísima sonrisa.

—Aprovecharé para dormir un montón de horas —dijo—... Mientras tanto, espero que el *Barracuda* cambiará de nombre, y que nos alejaremos de estas aguas.

—Desde luego.

—Pues... buenas noches, señor Valle. Y, por favor, no me despierten: estoy un poco fatigada.

Capítulo V

CUANDO UNO ESTÁ MUERTO YA NO HABLA – LA TERRIBLE PROFESORA DE ESPIONAJE – EL PROBLEMA DIFICILÍSIMO DE UN ATENTADO

Sin embargo, no hubo ninguna consideración a la fatiga y al sueño de la espía internacional.

A determinada hora de la noche, cuando más profundamente dormía, fue despertada bruscamente por numerosos disparos. Su reacción, pese a lo profundo de su sueño, fue velocísima, instantánea: todavía se oían los disparos fuera del angosto camarote que le habían destinado, cuando ella había saltado de la cama, ya con su pistolita de cachas de madreperla en la mano. Fue a parar a un rincón, donde quedo acucillada, casi desnuda, fijos los ojos en la puerta, como una pantera acorralada que esperaba el ataque por aquel punto.

No se produjo ningún ataque contra ella. Veía muy bien la puerta y el contorno del camarote, debido a la claridad lunar que entraba por el circular ventanuco del camarote. Nadie intentó entrar, ni había entrado ya.

Los ruidos eran afuera, en el pasillo central del interior del pesquero *Barracuda*. Se oían voces, gritos, pisadas precipitadas. La voz de Ofelio Valle llegó hasta ella, amortiguada por la puerta. No del todo tranquila todavía, Baby se puso rápidamente la falda y el jersey, y se acercó a la puerta, a cuya madera acerco el oído. Ahora se oía con más claridad la voz de Valle, y también la de Harold Sterling, el traidor de la CIA.

Precisamente era este último quien decía, en aquel momento:

—Habrás que tirarlos al mar. Buscad algo que los lastre debidamente, y cuerdas de nylon, si las hay a bordo. Si salen a la

superficie, que sea dentro de unos años.

—Algún tiburón evitará eso —oyó decir a Ofelio *Valle*.

Cuando Brigitte, finalmente, abrió la puerta de su camarote, sabía ya lo que iba a ver en el pasillo.

Y en efecto, eso fue lo que vio: lo que ella esperaba.

Tendidos trágicamente sobre las tablas, había cuatro hombres. Los conocía bien, a pesar de haberlos visto poco. Eran los llamados Roque y Feliciano, que Angel Tomás capturara en Santo Domingo. Y Mateo Artno y Germán Vélez. Mateo estaba muy cerca de las escaleras de madera que le habrían llevado a cubierta si no menos de cuatro balas no se hubieran reunido en su espalda, clavándolo brutalmente contra los peldaños. Su cabeza había quedado ladeada, y se veían sus abiertos ojos, desorbitados en una mueca de sorpresa, de incredulidad. Los demás yacían en el pasillo.

Sin decir una sola palabra, sin hacer caso a los hombres que se movían excitadamente de un lado a otro, la espía fue examinando a los cuatro hombres: Mateo, Germán, Feliciano, Roque... Los cuatro estaban acribillados y, ciertamente, no quedaba en ellos ni el menor soplo de vida.

Por fin, Brigitte alzó la cabeza y miró directamente a Ofelio Valle, y luego a Harold Sterling. Cada uno de ellos tenía una pistola en la mano. Una formidable automática de nueve tiros. Es decir, dieciocho balas que ellos habían repartido a placer contra cuatro espaldas. El promedio, de cuatro balas y media por espalda era definitivo. Sólo que no se podía disparar media bala, de modo que alguno de los cuatro muertos había recibido más de cuatro y otros cuatro solamente, o menos.

—Iban a escapar —dijo Ofelio Valle.

—Ofelio y yo estábamos preparando un problema para usted, y los oímos —añadió Sterling—... Temimos algo parecido, salimos pistola en mano, les dimos el alto...

—Pero no quisieron detenerse —acabó Ofelio.

—Parece ser —continuó Sterling— que uno de ellos consiguió desatarse, desató a los demás, y creyeron que sería una buena hora para escapar.

El rostro de la espía no podía ser más inexpresivamente frío. Dejó de mirar a Sterling y Valle para mirar a los «alumnos» que acudían con cuerdas de nylon, seguramente obtenidas del contorno

de alguna red de pesca. Cuatro de ellos transportaban objetos pesados y sacos que debían contener alimentos, y era fácil comprender que iban a ser destinados para lastrar a los cuatro hombres muertos. Los cadáveres fueron llevados a cubierta, donde se procedería a atarlos fuertemente a sus respectivos pesos, para enviarlos al fondo del mar.

—El nombre del pesquero ya ha sido cambiado —masculló Ofelio Valle, molesto por el silencio de Brigitte—... Ahora se llama *Estrella de Mar*.

—Y muertos esos cuatro hombres, ya no hay peligro de que puedan localizarnos sus amigos cuando lleguen, Baby —añadió Sterling.

—Podemos estar completamente tranquilos —quiso sonreír Valle.

Brigitte ni siquiera entonces dijo una sola palabra. Dio media vuelta, y entró en su camarote. Cerró la puerta, se desnudó de nuevo y se tendió en la litera.

Durante unos minutos, mantuvo los ojos abiertos, fijos en el techo, como hipnotizada, como si estuviera subyugada por el lívido resplandor lunar que parecía teñirlo todo de gris y plata. Por fin, oyó lo que estaba esperando: el clásico chapoteo de algo pesado hundiéndose en el mar, cerca del casco del pesquero. En pocos segundos, los cuatro cadáveres fueron arrojados por la borda.

—Adiós, espías —casi gimió, quedamente.

Luego volvió a dormirse.

Ni uno solo de los alumnos tenía el menor conocimiento de la lucha a muerte cuerpo a cuerpo. La profesora y ellos habían sido desembarcados temprano, en un lugar solitario de la costa, y después de unas breves instrucciones por parte de ella, se iniciaron los entrenamientos de clasificación, con objeto de empezar a definir cuál alumno era el mejor y cuál el peor.

Todos eran peores.

Uno a uno, invariablemente, fueron derribados o volteados por la espía internacional, con absoluta facilidad. Era como pelear contra niños. Todos eran altos y fuertes, musculosos, pero aquella jovencita de ojos azules y sonrisa angelical hizo lo que quiso con ellos. Cada uno, por supuesto, cuando le tocaba el turno, avanzaba hacia ella con los brazos abiertos, dispuesto para la presa que

podría romper la espalda incluso a un hombre; todos y cada uno, cuando le tocaba el turno, estaban convencidos de que conseguirían atrapar a la profesora, para simular la presa que le rompería la espalda. Y todos y cada uno habían comprendido muy pronto que para vencer sin armas a aquella muchachita hacía falta algo más que la fuerza bruta. Mucho más. Como si fuesen de paja, como si apenas pesasen lo que un paquete de cigarrillos, fueron derribados a zancadillas, a golpes, por tracción, por volteo...

Todos eran peores.

Después de un descanso de una hora, durante la cual comieron algo y escucharon boquiabiertos la explicación de la profesora respecto a los diversos sistemas de orientación en cualquier circunstancia, empezando por la brújula y acabando por el vuelo o presencia de gaviotas, llegó la hora de la clase de tiro.

Aquí, los alumnos demostraron estar algo más preparados. Muy poco, pero al menos sabían manejar una pistola. No como la utilizaría un espía de los más torpes, pero la manejaron. El promedio de aciertos de cada uno fue de tres disparos por cada nueve. Un desastre. Un desastre completo, agravado por el hecho de que ni uno de ellos supo reaccionar como era elemental en cualquier espía.

La prueba consistió en colocar a treinta pasos una silueta de madera, del tamaño de un hombre corriente. Luego, Baby les explicó el asunto: ellos iban caminando, aparecía un enemigo a su derecha y tenían que dispararle, para salvar la vida.

Desastre absoluto. En lugar de disparar con serenidad y huir a toda prisa, apenas acertar con el primer disparo al «enemigo», todos se quedaron en el mismo sitio, disparando hasta agotar la carga. Y ni siquiera tuvieron el atenuante de acertar todos los disparos.

Brigitte se lo explicó amablemente, pacientemente:

—Una bala es algo que puede matarnos y que puede salvarnos la vida. Depende. Nos matará si la disparan contra nosotros, y puede salvarnos si nosotros la tenemos para defendernos. ¿Entendéis esto?

Todos asintieron con la cabeza. Cuando ella hablaba, quedaban estupefactos, maravillados, mudos de admiración.

—Muy bien. Ahora os diré lo que teníais que haber hecho al encontraros de pronto con un enemigo. Lo primero que se debe intentar, antes incluso que disparar, es huir; tened siempre en

cuenta que ese enemigo quizá no está solo, en cuyo caso presentar pelea no interesa. Lo segundo que conviene hacer, si no hay más remedio que disparar, es acertar al primer disparo y entonces, en el acto, huir. Un hombre no estará más muerto o imposibilitado para perjudicarnos por recibir más de una bala. Lo que interesa siempre es quitarlo del juego, recordando en todo momento que puede no estar solo. Por lo tanto, en este caso concreto de hoy debisteis disparar contra el enemigo solamente hasta que le acertó la primera bala. Las demás, debisteis guardarlas, porque ésas son las balas que quizá, unos pasos más adelante, os salvarían la vida si aparecieran más enemigos. No hay que malgastar las balas, ni el tiempo; se dispara, se acierta al enemigo y se huye. Los espías ya demostramos suficientemente nuestro valor por el simple hecho de ser espías. No hay que demostrarlo en ninguna otra ocasión. Somos espías, luego somos valientes. Pero también somos inteligentes. Por lo tanto; primero, huir; segundo, disparar hasta acertar y luego huir; tercero, dejar siempre una bala en la pistola siempre que, en lugar de dispararla, podamos hacer cualquier otra cosa, como huir de nuevo, saltar tapias, lanzar piedras, provocar incendios... ¿Tenéis alguna duda?

Las cabezas se movieron negativamente. Luis, Crisanto, Andrés, Pedro, Gil, Octavio, Ricardo y Ramón lo habían entendido bien. ¿Quién podía dejar de entender a tan habilísima profesora?

—Las clases han terminado por esta mañana. A la tarde, hablaremos de radios de bolsillo en general, desde las que alcanzan tan sólo quinientas yardas, y que son pequeñísimas, hasta las que alcanzan cien y más millas a veces, que es la que utilizo yo en mis emisiones. Eso es todo, muchachos.

Se volvió hacia la playa, para contemplar mejor la llegada de la pequeña barca procedente del pesquero, anclado a un cuarto de milla de la costa. En la barca llegaban Ofelio Valle y Harold Sterling que saltaron inmediatamente al agua y se acercaron sonriendo.

—¿Cómo va eso, Baby? —preguntó Sterling.

—Bien.

—¿Sí? ¡Magnífico! —miró a los alumnos—. Regresad al pesquero, en la barca. Tú vuelve a buscarnos, Octavio.

—Sí, señor Sterling.

Se fueron todos hacia la barca. Valle y Sterling señalaron el

suelo, a la sombra de una palmera, y Brigitte se sentó. Ellos lo hicieron a su lado y Ofelio Valle desdobló dos grandes hojas de papel que llevaba en la mano.

—Nosotros también hemos estado trabajando —dijo—... ¿Qué le parecen estos planos para la construcción de la escuela definitiva, en mi país?

Brigitte los tomó y los estuvo examinando durante cinco minutos, en silencio. Por fin, asintió con la cabeza.

—Están bien, en general. Pero yo construiría unos sótanos más grandes, con salida por una rampa fuera de los límites de la construcción. Además, no construiría los tejados a dos vertientes, por lo menos el del edificio central, que sería plano, preparado para soportar el peso de un par de helicópteros. Lo demás parece que está bien... No olvide los sistemas de ventilación directa, y los pequeños túneles que deberán unir absolutamente todas las dependencias del edificio. Supongo que ha pensado en la instalación eléctrica de alta tensión.

—Sí... He pensado en eso. Bueno —suspiró—, Sterling y yo tendremos que seguir trabajando en estos planos, bajo sus sugerencias. Sería conveniente que usted anotase aquí mismo toda la serie de aparatos que vamos a necesitar, a fin de construir las diferentes salas del tamaño y forma adecuados.

Brigitte estuvo cinco minutos escribiendo, con el bolígrafo que le tendió Ofelio Valle. Cuando éste leyó todo lo escrito, lanzó un silbido de espanto.

—Caray... ¿Todo esto será necesario?

—Ya le dije que el equipo costaría millones de dólares, señor Valle.

—Sí, lo dijo... Bien... Esto... Sterling y yo hemos estado pensando algunos problemas para usted, Baby. Ya me entiende. Hemos buscado situaciones difíciles y misiones comprometidas, a fin de ver cómo las resolvería usted. Estas sucesivas pruebas que le iremos poniendo serán luego las que los muchachos tendrán que resolver también, a medida que vayan aprendiendo. Por un lado, se trata de que usted nos convenza a nosotros de su capacidad de imaginación, de audacia, de improvisación... Por otro lado, si complicamos tanto las cosas es para que desde el principio sus alumnos comprendan que ser espía no es nada fácil. Usted sabe esto

muy bien, ¿no?

—Sí, lo sé muy bien. ¿Qué complicado problema han inventado para mí? —sonrió secamente—. Espero resolverlo en cinco minutos.

—Se trata de un atentado.

—¿Un atentado?

—Sí. Bien... Usted es una espía que recibe orden de matar a un hombre al que llamaremos Cero. Pero ha de matarlo en determinado momento y circunstancias. En este caso, deberá asesinarlo cuando esté en un yate, con otras personas, anclado en un lugar cualquiera...

—¿Cerca de la costa? —interrumpió Brigitte.

—Pongamos... trescientos o cuatrocientos metros mar adentro. Eso, naturalmente, imposibilita la llegada a ese yate por tierra. Hay que llegar por mar o por aire...

—Un momento: ¿por qué matarlo en tan difíciles circunstancias? Se puede buscar un momento mejor, ¿no cree?

—Interesa que muera precisamente en el yate, a fin de que las personas que estarían con él se vean en un serio compromiso. Al mismo tiempo, esas personas que estarían con él, no deben sufrir el menor daño, por lo que hay que descartar la idea de volar en pedazos el yate. Precisamente, esas personas que estarían con el personaje al que llamamos Cero, deben quedar vivas, de tal modo que aparezcan como las culpables del atentado contra Cero.

—¿A fin de pedirles explicaciones más adelante?

—Exactamente. Otro detalle: en el yate habrían seis vigilantes, de modo que no sería fácil acercarse al yate a nado, por superficie. En cuanto a hacerlo con tubos de aire, hay que tener en cuenta la posibilidad de que las burbujas fuesen vistas por esos seis vigilantes.

—¿Habría que matar a Cero de noche o de día?

—Parece que sería mejor de noche, ¿no?

—Sí... Eso parece. Bien... Por el aire, desde luego, no se puede llegar. Descartado. Nadando por superficie, es imposible, pues, de noche o de día, el ejecutor enviado sería visto por los seis vigilantes. Nadando bajo el agua con tubos de aire también es peligroso acercarse, pues las burbujas revelarían la presencia de un nadador... que jamás podría subir al yate, ni siquiera con ventosas... ¿Es muy grande ese supuesto yate?

—Oh, sí... Un magnífico yate de setenta u ochenta toneladas. No

sería fácil llegar a bordo ni siquiera trepando por el casco con ventosas. La línea de flotación debe estar a no menos de... tres metros.

—Bueno... Mucho me temo que esto requerirá algo más de cinco minutos, señor Valle.

—También lo temíamos nosotros —sonrió Sterling.

—Otra pregunta: ¿a qué bando pertenecen esos seis vigilantes? ¿Al de Cero o al de los dueños del yate?

—Habrán de ambos. He dicho seis vigilantes como podía haber dicho sesenta... Es todo un ejemplo, entiéndalo. En su visita al yate, Cero llevará sus propios guardaespaldas, que vigilarán conjuntamente con algunos de los tripulantes del yate.

—Entiendo. ¿Estará Cero solo en el yate? Es decir: ¿habrá con él alguna persona de su bando, que esté presente cuando sea asesinado?

—Dos personas habrá con él. Precisamente, esas personas serán testigos del asesinato de Cero.

—Bueno, en este caso, esas mismas dos personas amigas de Cero dirían que a Cero lo había asesinado un intruso en el yate, de modo que los dueños de éste quedarían a salvo de sospechas, ¿no?

—Esa es la cuestión —sonrió amablemente Sterling—, usted, que se supone es la enviada para asesinar a Cero, debe llegar hasta éste sin que nadie de cubierta la vea. Y debe salir del mismo modo, sin ser vista. El objeto de esto...

—El objeto de esto —terminó Brigitte— es conseguir que los vigilantes de la cubierta digan que nadie entró en el yate, de modo que el asesino de Cero tenía que estar *dentro* del yate antes de la llegada de Cero. Con lo cual, la complicidad entre el asesino y los dueños del yate será evidente. ¿Exacto?

—Exacto. Interesa muchísimo que los propietarios del yate sean acusados de ese asesinato. Por lo tanto, si los de cubierta no ven subir a bordo a nadie, y un asesino aparece de pronto, mata a Cero y escapa es que contaba con la complicidad de los del yate. Serían acusados del atentado.

—No me han puesto un problema precisamente fácil, por ser el primero —refunfuñó Brigitte.

—¿Le parece que no tiene solución?

—No sé... ¿Conoce usted esa solución, Harold?

—No. Nosotros hemos planteado el problema, simplemente.

—Entiendo eso... Pero todo problema planteado debe tener una solución esperando, debe tener una solución u otra. Lo que ustedes me piden es tanto como ordenarme que viaje a la Luna montada en una escoba.

—¡Eso sería brujería! —rió Sterling—. Y precisamente es lo que esperamos de usted: brujerías.

Brigitte entornó los ojos y estuvo unos segundos mirando de uno a otro hombre. Por fin, se quedó mirando fijamente a Sterling.

—¿Resolvería usted el problema, Harold?

—Sinceramente, le confieso que no. Yo creo que es imposible, pero yo no soy usted... Y usted es Baby, de la CIA. ¿No es cierto?

—¿Seguro que no podemos matar a Cero en otro momento?

—No conviene. Ha de ser en el yate. Todo tal como lo hemos dicho. Es usted quien se ha de acomodar a los problemas, no los problemas a usted. Se ha de buscar la solución partiendo de un problema, no buscar un problema partiendo de una solución. Sería demasiado fácil y entonces, pues... no le habríamos pagado quinientos mil dólares.

—Claro —sonrió dulcemente la divina—... Tiene razón, Harold. Bueno, me dedicaré a estudiar este problema, para demostrarles a ustedes y, sobre todo, a nuestros alumnos que no hay nada en espionaje que no pueda hacerse. Ah, un último detalle, que es básico para mí: ¿cómo es el yate? ¿Puedo disponer de un plano de él, tanto exterior como interior?

Sterling y Valle se miraron. Fue Valle quien asintió con la cabeza.

—Le haremos un plano de ese imaginario yate.

—Magnífico. Creo que es hora de almorzar, caballeros. Luego, si son tan amables, llévenme el mapa a mi camarote. Oh, naturalmente, esta tarde no habrá clase para los muchachos, no tendré tiempo. Ahí llega Octavio con la lancha, de modo que podemos ir a bordo.

Después de almorzar, Baby durmió una hora. Despertó suavemente, se sentó en la litera, y miro hacia la puerta. Fue a ella, escuchó aplicando una oreja a la madera, y luego requirió su maletín rojo con florecillas, del cual sacó la radio de bolsillo, que accionó.

—Angel —susurró—... ¿Me oyes, Angel?

Silencio absoluto. Baby comprendió que Angel Tomás ni siquiera estaba al alcance de su radio, de modo que no podía recibir la señal de llamada. Esto la dejó un instante perpleja, pero acabó por aceptar el hecho con tranquilidad: si él estaba fuera del alcance de su radio era porque así tenía que ser en aquel momento.

Encendió un cigarrillo y se dedicó a pensar en el problema que Valle y Sterling le habían puesto. ¿Esperaban que ella hiciese lo imposible? Además, todo aquel asunto del atentado le daba mucho que pensar. Lo habían complicado todo demasiado. Tan complicado y comprometido que parecía, más que un problema ficticio, un hecho real, un problema que existía en realidad...

Estaba terminando el cigarrillo cuando llamaron a la puerta. Era Harold Sterling, que le llevaba dos grandes hojas con los planos del yate, tanto del exterior, o sea del casco, como de su distribución interior. En diez minutos la espía más astuta del mundo, ya a solas de nuevo, tuvo que admitir que Sterling y Valle eran unos genios «inventando» yates.

Y una hora más tarde, sonriendo secamente, la agente Baby daba por terminado el problema: tenía la solución.

—¿De veras? —exclamó Valle.

—¡Increíble! —casi gritó Sterling—. Oh, pase y siéntese, Baby. ¿Quiere beber algo?

Brigitte entró en el camarote de Valle, donde había localizado a ambos hombres. Valle cerró la puerta y señaló una de las sillitas. Sterling alzó dos botellas, una en cada mano.

—¿*Whisky* o ron? —sonrió.

—*Whisky* —se sentó Brigitte—... Muy poco Harold. El norteamericano le sirvió una pulgada, le llevó el vaso, y se quedó ante ella, mirándola con mal reprimida admiración.

—Bien —musitó Ofelio Valle—... ¿Cuál es la solución?

—El ojo del ancla.

—¿El ojo de...? ¿De qué habla?

Brigitte extendió el plano exterior del vate sobre la mesita, y luego el de la distribución interior.

—Ustedes han dibujado unos planos formidables incluso a escala, si no entiendo mal... ¿Cierto?

Sí... Sí, cierto. La escala es de uno a sesenta.

—En ese caso, examinen los ojos de las anclas tanto la de popa como la de proa. ¿Están dibujados, marcados también a la escala de uno a sesenta?

—Por supuesto... ¿Qué, hay con ello? —murmuró Sterling.

—Bueno, aclaremos esto del ojo del ancla. Yo entiendo por ojo del ancla la abertura circular de la cual pende el ancla, con su cadena, que está unida, en el interior del yate, al mecanismo que determina que el ancla sea bajada o izada. Toda la cadena, una vez recogida, o sea cuando el ancla está izada, ocupa un considerable espacio, que tenemos señalado aquí —apoyó su delito delicioso... Lógicamente, cuando el ancla ha sido soltada, este espacio queda vacío, ya que toda la cadena ha salido fuera, pende hacia el mar. En nuestro caso, y puesto que el yate estará a trescientos o cuatrocientos metros mar adentro, el ancla habrá sido soltada. ¿O no?

—Claro que sí. ¿Y...?

—Examinen ahora el ojo del ancla. En el dibujo, su tamaño es de casi media pulgada...

—De un centímetro —aclaró Ofelio Valle.

—Oh, bien, hablaremos de acuerdo al sistema decimal métrico, señor Valle. Quedamos, pues, en que el dibujo nos muestra un ojo de ancla de un centímetro lo cual quiere decir que en la realidad, el diámetro del ojo del ancla es de sesenta centímetros. ¿Exacto?

—Bueno... Quizá sea algo menos...

—Pongamos cincuenta. Medio metro, señor Valle. Y no me reduzca más la entrada, porque entonces todo se echará a perder.

—¿La... la entrada?

—La entrada al yate. La cadena está fuera de su alojamiento, hundida en su mayor parte en el mar, con el ancla. Entonces sólo hay que llegar a la cadena del ancla, subir por ella hasta el ojo del ancla, entrar en el depósito de la cadena y de allí salir a —señalo el otro plano—, a la sala de máquinas. El yate estará a motores parados, naturalmente. No habrá nadie en los motores, que normalmente tampoco precisan demasiadas atenciones. Entonces, nos hallamos, digo, en el sollado y sala de máquinas —de nuevo señaló su delito... Vean esto ahora: se sale de la sala de máquinas por esta trampilla, por los escalones metálicos de barra, de modo

que aparecemos en este pequeño camarote, junto a la cocina; un camarote que es más bien, según parece lógico, un lugar donde se guardan diversos objetos de uso poco frecuente. Y si abrimos la puerta de ese camarote, estamos en el pasillo de todos los camarotes, ¿no es cierto?

Sterling y Valle estaban atónitos.

—Sí —musitó el primero—... Es cierto.

—Entonces, sólo tenemos que llegar al saloncito del yate, donde, lógicamente, estará reunido Cero con los demás personajes. Recorremos el pasillo, llegamos al saloncito, abrimos la puerta... y disparamos varias veces con pistola sin silenciador, contra Cero. Lo matamos, cerramos la puerta, entramos en otro camarote cualquiera a toda prisa, y mientras los tripulantes del yate y los vigilantes de cubierta bajan a toda prisa al oír los disparos, nos tiramos al agua por el ojo de buey de ese camarote. Todo lo que queda es marcharnos.

—Por mi madre —jadeó Ofelio Valle... ¡Eso es imposible!

—¿Por qué?

—Porque... porque los tripulantes... ¿Dónde estarían los tripulantes mientras usted hacía todo eso?

—La mayor parte, en tierra, con permiso. ¿O no? ¿No se trata de una reunión... importante?

—Bueno... Supongamos que sí... Los tripulantes están con permiso en tierra, o en cubierta...

—O en la cocina —dijo Sterling.

—He contado con los de la cocina, y con la posible presencia de un camarero de confianza dentro del saloncito. Éste no debe preocuparnos, naturalmente. Respecto al que quizá estuviese en la cocina, habría que esperar a que no pudiese vernos salir del sollado, eso es todo. Cuando oyese los disparos, saldría de la cocina, ciertamente, pero si lo hacíamos todo con la rapidez necesaria, no tendría tiempo de nada, ya que le podríamos amenazar con la pistola. Sólo teníamos que entrar en el camarote, y saltar al mar por el ojo de buey. Si esto era lo que decía el cocinero, los tripulantes y vigilantes que llegasen de arriba lo aceptarían, seguramente. Pero lo que no podría aceptar nadie sería que alguien había subido a bordo. Por lo tanto, el asesino había estado todo el tiempo en el yate. Conclusión: los anfitriones de Cero le habían tendido una trampa.

Ofelio Valle soltó un resoplido, fue adonde estaban las botellas, cogió la de ron y bebió directamente un trago. Sterling era más frío, menos impresionable, y miraba fijamente a Brigitte.

—Supongamos —murmuró roncamente— que no hay problema en lo de escalar la cadena, ya que queda bajo la curva del casco. Pero usted tendría que aparecer junto a ella nadando bajo el agua. No puede hacerlo por la superficie, recuerde. Tampoco puede llevar tubos de aire, ya que las burbujas la delatarían... ¿Cómo llegaría allí?

—Estoy segura de que por unos pocos dólares podemos comprar en Santo Domingo o en cualquier otro sitio, un minuto de aire. Supongo que sabe a lo que me refiero, Sterling. A esa especie de... armónica de boca, que se encaja entre los dientes, y proporciona aire al nadador submarino durante quince o veinte minutos. Oh, vamos —sonrió—... ¡Ha aparecido incluso en algunas películas de espionaje, precisamente! No ocasiona burbujas, o, si acaso, son pequeñísimas.

Harold Sterling se pasó la mano por la boca, con fuerza. Parecía casi asustado, y miraba a Brigitte de otro modo, con la expresión de quien nunca ha creído en la existencia de un elefante blanco y de pronto se lo encuentra delante.

—Sí —murmuró—... Es cierto, es cierto... ¡Es una solución, no cabe duda!

—Es una locura —dijo Valle.

—¿Por qué? —protestó Sterling—. ¡Yo creo que puede hacerse!

—No digo que no pueda hacerse, pero... es arriesgadísimo. Hace falta un temple especial para hacer eso Harold.

—Angel y yo lo haríamos —sonrió dulcemente Brigitte... Pero está bien claro que Angel y yo somos algo muy especial, señor Valle. No cabe duda de que un espía más o menos corriente jamás lo conseguiría, pero nosotros dos, sí. Es claro que...

—¿Qué? —exclamó Valle.

—Bueno, no hay que preocuparse por eso, ya que es sólo un problema ficticio, ¿no es cierto?

—Sí, claro... Claro, es un problema ficticio...

—Espero haber salido bien de la prueba, caballeros.

—Desde luego, desde luego...

—El plan, por supuesto, es susceptible de mejoras considerables,

pero, para lo que ustedes querían, considero que ya es suficiente. He demostrado mi... ingenio profesional. Ahora, si no les importa, y puesto que son poco más de las cuatro de la tarde, nadaré un poco y tomaré el sol. Hasta luego.

Capítulo VI

LOS INFORMES DE ANGEL TOMÁS – UNA VISITA AL HOTEL BRISA AZUL – UNA ESPÍA CON PALABRA DE REINA

Hacia las seis de la tarde, cuando estaba tomando plácidamente el sol, bajo las ávidas miradas de sus alumnos, encabezados por Rolando Ceballos, que parecía una especie de subjefe allí, la pequeña radio que Brigitte Montfort había tenido la buena idea de tener cerca de ella, emitió su llamada, por fin.

—¿Sí, Angel?

—¿Estás sola ahora?

—Más o menos. De todos modos, habla en ruso, y yo procuraré hablar lo menos posible. Adelante.

Durante casi cinco minutos nada menos, la espía internacional estuvo escuchando a su compañero de trabajo en aquel asunto. Y, tal como había sospechado tratándose de él, no tuvo que hacer ninguna pregunta, ya que Angel Tomás expuso las cosas de modo clarísimo y completo, sin un solo fallo.

Durante los segundos finales, Sterling y Valle, avisados por Ceballos, habían subido a cubierta, y habían estado mirando a la espía, recibiendo las confidencias de Angel Tomás. Por fin, Brigitte se despidió, cerró la radio, y cuando miró a Sterling y Valle tenía el ceño fruncido.

—Tendré que ir a Santo Domingo —musitó—... Angel está teniendo muchas dificultades para enviar el dinero adonde los dos convinimos. Quinientos mil dólares en una cantidad... demasiado llamativa, según parece.

—Eso es también lo que pensamos nosotros, que la hemos pagado —sonrió Sterling—. Iré con usted a Santo Domingo, Baby.

—¿Todavía desconfía de mí, Harold?

—No, no... Bueno...

—No sea absurdo. En primer lugar, yo soy desconocida en Santo Domingo, y usted y los demás quizá no. En segundo lugar, si Angel y yo hubiéramos querido marcharnos con el dinero, sin cumplir nuestro compromiso, ya lo habríamos hecho.

—¿Sí? —sonrió Sterling, con sorna—. ¿Cómo y cuándo?

—Usted es un espía de los más tontos de la CIA, por lo que veo —rió Brigitte—... Lo ha demostrado ya en varias ocasiones. Y para que se convenza, le diré cómo y cuándo: anoche, cuando íbamos los cuatro en la lancha, hacia la de los tipos que acribillaron en el pesquero. Angel y yo pudimos matarlos tranquilamente a usted y a Ceballos... ¿O no? Pero además, pudimos hacerlo todavía mejor: ir yo a la lancha de los otros, y mientras tanto, Angel matarlos a ustedes dos. Luego se reunía conmigo en la lancha grande, y nos íbamos, con el dinero, mientras usted y Ceballos se daban un baño eterno. ¿Tampoco?

Rolando Ceballos soltó una risita, y Harold le dirigió una fulminante mirada que cortó en seco la risita.

—Está bien —gruñó—... Pero no conviene que usted se acostumbre a ir a tierra sola.

—No sea tonto, Harold —dijo ella, dulcemente—: el día en que yo quiera marcharme de este pesquero, nadie podría impedírmelo. Me interesa el trabajo, me interesan ustedes, de modo que seguiré en el asunto. Procuraré no volver demasiado tarde... ¿A qué distancia estamos de Santo Domingo?

—Unas veinte millas.

—Pues pongan rumbo allí. Mientras tanto, me cambiaré de ropa, y me arreglaré como una muñequita. ¿Les parece bien que llame a Angel, para que me recoja en determinado punto con la lancha, y así no tendrán que llegar con el pesquero hasta el puerto?

—Sí... Será mejor.

—Muy bien.

Angel Tomás la tomó por la cintura, para ayudarla a colocarse en la lancha. Estaba asombrosamente viril y rudamente atractivo con su jersey color café y sus pantalones blancos. Sensacional, simplemente... Pero para sensacional por todo lo alto, la divina espía, cuya belleza tenía atontados a los alumnos, a Ceballos, a

Sterling, a Valle..., y hasta quizá a algún posible pez que saltase por encima del agua. Con su vestidito de tarde, escotadísimo, sus zapatitos, sus largos cabellos negros y aquellos tremendos ojos. Brigitte Montfort jamás podría tener rival.

Tomás la dejó sentada junto al volante, a su lado, y arrancó sin haber saludado siquiera a los del pesquero, rumbo a la cercana y bella ciudad de Santo Domingo.

—¿Cómo lo averiguaste todo? —preguntó Brigitte.

—Estuve en Guaragua. ¿Me llamaste?

—Sí, pero imaginé algo parecido. ¿Tuviste buen viaje de ida y vuelta? Dos mil millas no es demasiada distancia, en avión... ¿Cómo está Guaragua?

—Si tomamos como índice la capital, un poco... excitados los ánimos. ¿Alguna novedad por aquí?

—No te la comuniqué antes para hablar yo lo menos posible: asesinaron a los cuatro guaraguanos.

—Entiendo. ¿Crees que nos están vigilando con prismáticos desde el pesquero?

—¿Tú qué opinas? —rió ella.

—Opino que sí —gruñó Angel Tomás—... Estoy harto de esto, en estas circunstancias.

—Tómatelo con calma, querido —musitó ella—... Por el momento, y mientras llegamos a puerto, será mejor que escuches bien mis palabras musicales. ¿Sabes que me han planteado un problema ficticio en el cual había que organizar un atentado muy especial?

—¿Contra quién?

—No lo sé... aún —murmuró Brigitte—. Y eso me preocupa. Pero escucha el plan, a ver qué opinas de todo esto.

Brigitte le contó todo a Angel Tomás, en el breve espacio de tiempo que tardaron en llegar al puerto. Tomás colocó la lanchita junto a uno de los tramos de peldaños de piedra, y soltó un gruñido.

—Supongo que aquí también corremos el riesgo de que nos vean.

—También, querido. Bueno... Me parece una tontería preguntarte si estás seguro de todo lo que me has dicho.

—Es una tontería, en efecto. ¿Quieres que vaya contigo?

—La gente se asustaría si viese una paloma volando junto a un

gavilán —sonrió ella—. ... Hasta luego, amor. Espero que el hotel Brisa Azul sea tan bonito como me has dicho. *Ciao*.

—*Ciao* —farfulló Tomás.

—Alegra la cara —sonrió ella, otra vez.

Desembarcó, subió los escalones, y en pocos segundos, Angel Tomás la vio desaparecer en el paseo del Presidente Bellini.

—Soy un insensato por dejarla ir sola —musitó sombríamente— ... Cualquier día... me la matarán, y la habré perdido para siempre.

El tipo que no le gustaba a Angel Tomás, el que tenía los ojos oscuros, era millonario y ambicioso, y estaba alojado en el hotel Brisa Azul, no se hallaba en la terraza cuando llegó la despampanante jovencita de los ojos azules. No podía haber error, porque Brigitte lo recordaba muy bien, después de haber visto las fotografías en colores que le tomara Angel Tomás.

De modo que se fue a conserjería, sonrió al turulato encargado de la recepción, y preguntó:

—¿La *suite* del señor Atienza, por favor? Heriberto Atienza.

—¿La espera el señor Atienza? —casi tartamudeó el hombre.

—Pues no... Y preferiría que no me esperase. Me encantan las sorpresas agradables.

—Comprendo, señorita... *Suite* 23, segundo piso.

—Muchas gracias —amenazó graciosamente al hombre con un dedito—... No le diga que he llegado, o lloraré.

—¡No se lo diré! —rió el conserje.

Pasito a pasito, ocasionando un terremoto de admiración, la muchachita de los ojos azules subió, a pie, al segundo piso. Localizó en seguida la puerta señalada con el número 23, fue allá, y oprimió el timbre. Así de simple y sencillo.

La puerta fue abierta pocos segundos después, y apareció el rostro de Heriberto Atienza: un rostro moreno, duro, ojos oscuros y penetrantes, expresión recelosa. Debía tener unos cuarenta años, y su complexión era fuerte, casi atlética.

La expresión cambió notablemente al ver a Brigitte.

—Buenas tardes —saludó ella, sonriente.

—¿Qué desea?

—¿Puedo pasar, señor Atienza? Le agradecería unos minutos de conversación.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

—Prevenirle.

—¿Prevenirme? ¿De qué?

Brigitte sonrió, ahora secamente, y no respondió. Heriberto Atienza la miró de arriba abajo, frunció el ceño, y acabó por apartarse de la puerta. La espía entró, esperó a que Atienza cerrase la puerta, y preguntó, con evidente desesperanza:

—¿Tiene champán aquí, señor Atienza?

—No.

—Me lo temía. Desde que llegué a...

—¿De qué quiere usted prevenirme? —la interrumpió bruscamente Atienza.

—Usted, señor Atienza, puede ser asesinado en cualquier momento. Y le aseguro que no estoy bromeando.

Se dejó caer en un sillón, y cruzó las piernas. Heriberto Atienza, un poco pálido, consiguió murmurar, al fin:

—¿Cómo lo sabe usted? ¿Quién quiere asesinarme?

Con rápido y elegantísimo gesto. Brigitte se subió la falda, arrancó su pistolita sujeta con esparadrapo color carne al muslo izquierdo, que había quedado encima, y apuntó indiferente al hombre.

—Yo misma —dijo.

Atienza palideció ahora intensamente.

—No..., no comprendo... ¿Por qué? ¿Qué tiene usted contra mí?

—Sospechas solamente..., de momento. Pero a veces he matado sólo con sospechas, Atienza. Muchas veces. Un muerto más o menos no es cosa que me impresione. Por ejemplo, anoche contemplé los cadáveres de cuatro hombres asesinados. Quizá usted los conozca: Mateo Ariño, Germán Vélez, un tal Feliciano y un tal Roque. Los cuatro pertenecían al Servicio Secreto de Guaragua... ¿No es usted de Guaragua, señor Atienza?

—Yo... Sí, lo soy... Pero no la entiendo, no comprendo lo... lo que usted trata de decir...

—Pues se lo diré más claramente. Esos cuatro agentes secretos de Guaragua estaban detrás de la pista de usted, de Harold Sterling, de Ofelio Valle, de Rolando Ceballos... y de los ocho estúpidos que quieren hacerme creer que están «estudiando» para espías.

—Usted... ¡Usted es Baby!

—¡Qué maravillosa inteligencia! —sonrió agriamente Brigitte.

—Pero usted... usted fue contratada por Ofelio, ¿no es así?

—Así es.

Heriberto Atienza suspiró profundamente, aliviado.

—Me había asustado usted... Por un momento, creí que estaba de parte de ellos.

Brigitte entornó los ojos, realmente sorprendida.

—¿Quiénes son ellos?

—El Servicio Secreto de mi país. Ellos quieren asesinar a nuestro presidente Eugenio Bonilla. Vinieron...

—Espere. Uno de los dos está loco, Atienza... ¿Quiénes quieren asesinar al presidente de Guaragua?

—El Servicio Secreto de Guaragua.

—Usted está loco. O cree que yo soy una estúpida.

—No... No, no... Ni una cosa ni otra. Por el cielo... ¿qué estaba usted pensando, señorita?

—Bueno, ya que quiere oírlo, se lo diré, Atienza. Lo que yo estaba pensando es lo siguiente: usted, Ofelio, Sterling, y los demás planean el asesinato de un personaje importante, a bordo de un yate... Comprendo ahora que ese personaje importante, al que Ofelio Valle llama Cero, es el presidente de Guaragua, de su país, el señor Eugenio Bonilla.

—No, no —se escandalizó Atienza—... ¡Qué disparate! Son los del Servicio Secreto quienes quieren asesinar al presidente Bonilla. Se han propuesto cambiar el régimen político en Guaragua...

—No creo una sola palabra, Atienza. Si son los del Servicio Secreto quienes quieren asesinar a su presidente, ¿por qué Ofelio Valle me obligó a organizar un plan para penetrar en un yate y provocar un atentado que...?

—Oh, eso —sonrió Atienza—... Fue un truco ideado por mí. El problema también lo inventé yo, sobre una base real. No hace mucho, supimos que el Servicio Secreto tenía un plan infalible para asesinar a nuestro presidente. Dadas las precauciones que iban a tomarse alrededor de Eugenio Bonilla, comprendimos que sería un plan sin fallos, pese a todas las precauciones. Por eso, Ofelio la debe haber obligado a estudiar el medio de asesinar a Eugenio Bonilla precisamente en circunstancias que comprometan a los hondureños.

—¿Los hondureños?

—El yate donde estará Eugenio Bonilla es propiedad de un alto político de Honduras. La reunión en ese yate es pacífica y amistosa, para discutir sosegadamente ciertos conflictos fronterizos entre Honduras y Guaragua. Pero los del Servicio Secreto de Guaragua quieren la guerra entre Guaragua y Honduras. Por eso, quieren asesinar a Eugenio Bonilla en el yate de ese político hondureño. No cabe duda de que el asesinato de Bonilla en ese yate provocaría la guerra.

—¿Y eso es lo que quiere su Servicio Secreto, para efectuar un cambio de régimen político en Guaragua?

—Exactamente. Ofelio, Sterling y yo queremos impedir el asesinato, o sea, la guerra. En principio, recurrimos a Sterling, que como agente de la CIA que es, nos había aconsejado en diversas ocasiones. Pero Sterling dijo que la magnitud del asunto escapaba a sus facultades. Dada la gravedad del caso, nos sugirió que pidiéramos ayuda directamente a la CIA, pero nosotros no queríamos que esto trascendiese. Entonces, Sterling tuvo la idea de recurrir a usted, a la agente Baby, de un modo... discreto. Se inventó lo de la escuela de espionaje, y le han puesto ya, según entiendo, el problema que yo creé. Si usted lo ha solucionado, ahora Ofelio sabe cómo intentarán asesinar a nuestro presidente los del Servicio Secreto... Y podrá impedirlo.

—¿Por qué no se recurrió a mí diciéndome la verdad, Atienza?

—En realidad, sólo necesitábamos su... asesoramiento. ¿Para qué informarla de algo que ya no iba a ocurrir puesto que usted nos daba la clave de ese infalible asesinato?

—¿No temen que Sterling lo comunique a la CIA?

—No lo hará —sonrió Atienza—; hemos pagado bien su silencio.

—Pero no el mío, Atienza.

—Sea razonable... Le hemos pagado quinientos mil dólares, usted nos ha dado la clave de cómo iban a intentar el asesinato para provocar una guerra... ¿Por qué complicar más las cosas? Todo lo que hay que hacer ahora es impedir el asesinato, y nada ocurrirá. Después de la entrevista de Eugenio Bonilla con los políticos hondureños, el Servicio Secreto será investigado, y caerán todos aquellos que hayan estado complicados en esto. ¿Por qué alarmar a nadie, ni informar a nadie de que en Guaragua tenemos traidores susceptibles de luchar por un cambio de régimen político? Eso

atraería a espías de todo el mundo, especialmente rusos, que nos propondrían cientos de cosas... Y nosotros no queremos a los rusos, ni a los norteamericanos, ni a nadie... Sólo queremos vivir en paz. Evitamos el asesinato, hacemos una discreta purga en el Servicio Secreto, nuestro presidente resuelve con los hondureños las diferencias fronterizas... y todo el mundo en paz.

—Entonces... ¿los del Servicio Secreto lo vigilaban a usted y a Ofelio para impedirles actuar?

—¡Naturalmente! Querían inmovilizarnos aquí, y supongo que no habrían vacilado en matarnos. Ni Ofelio ni yo pertenecemos al Servicio Secreto, pero somos personas influyentes en Guaragua, adictos a nuestro presidente Bonilla... ¿Qué creía usted?

—Sinceramente, creía que eran usted y Ofelio los que estaban organizando el asesinato de alguien, de Cero, en un yate, y que habían pretendido engañarme con ese supuesto problema para que yo les resolviera el modo de conseguir sus planes, matando a Cero, esto es, a Eugenio Bonilla, de modo que hubiese una guerra.

—¿Y para qué queremos nosotros una guerra? —exclamó Atienza.

—Porque usted, Atienza, es fabricante de armas en Guaragua, y no se puede decir que el ejército de su país le haya comprado muchas últimamente.

—¿Cómo sabe usted eso?

—Un amigo mío le estuvo vigilando a usted, averiguó su nombre, fue a Guaragua en avión, y volvió con los informes adecuados. De este modo, sé que usted es el principal fabricante de armas de su país, pero que no vende nada últimamente. Entonces, pensé que eran usted y Ofelio quienes querían cometer el asesinato, provocar una guerra, y así usted vendería millones de dólares en armas. En cuanto a lo de la escuela de espionaje, pura farsa, para convencer a la agente Baby de que trabajase con ustedes, ya que Sterling debió advertirles que jamás podrían contar conmigo para eso y que, al mismo tiempo, nadie como yo podría planearles el asesinato de Cero..., que es lo que he hecho al solucionar el problema que me presentó Ofelio Valle.

—Entiendo su punto de vista. Es razonable, realmente... Usted creía que yo quería vender mis armas, colocar en el mercado millones de dólares en armas, y que para eso, tenía que provocar

una guerra. No la culpo por pensar así, Baby. En realidad... tiene mucha lógica.

—Más que su versión, Atienza.

—Bien —Atienza alzó los hombros—... Yo no puedo decirle más de lo que he dicho. Ahora, usted puede creer su versión o la mía, y obrar en consecuencia.

—Queda bien claro que usted admite que Ofelio Valle y los demás del pesquero trabajan para usted.

—Eso sí. Yo soy el director de todo este enredo.

—Ya me parecía a mí que Ofelio Valle no tenía la talla suficiente para dirigir este asunto... Ni Harold Sterling. Usted, en cambio, es el hombre perfecto para esto: ambicioso, luchador, tenaz...

Atienza sonrió fríamente.

—Si sigue pensando así, volverá a la conclusión de que soy yo quien quiere asesinar a nuestro presidente para provocar una guerra y vender mis armas almacenadas.

—No puedo evitar pensar eso, Atienza. Siempre fui una admiradora de la lógica.

—No tengo nada más que decir, Baby. Decida usted.

Brigitte estuvo estudiando durante casi un minuto a aquel hombre. Por fin, musitó:

—¿Cuándo se cometería el asesinato? ¿Dónde?

—Dentro de tres noches, en la pequeña bahía de Puerto Real, localidad de la isla de Roatán, en la costa de Honduras. Allá, en el yate de que le ha hablado Ofelio, se reunirán Eugenio Bonilla, dos políticos de nuestro país, y los políticos de Honduras, para solucionar los conflictos fronterizos.

—¿No sería conveniente avisar al presidente Bonilla?

—¿Y alarmar a todos, al suspender la conferencia secreta? ¡No! Antes que eso, prefiero matar a todo el Servicio Secreto.

—¿Qué prefiere usted hacer, en tal caso?

—Nada. Que todo se desarrolle normalmente. Y cuando el asesino enviado por nuestro Servicio Secreto intente llevar a cabo el plan, detenerlo, en silencio, discretamente. Después de él, caerían todos los demás que quieren provocar la guerra. ¿O prefiere usted la guerra?

De nuevo quedó pensativa Brigitte, silenciosa, mirando fijamente a Heriberto Atienza.

—Nunca he preferido la guerra, señor Atienza. Jamás. Ni jamás la permitiré, en la medida de mis fuerzas. Precisamente estaba dispuesta a matarlo a usted aquí mismo, y a Ofelio, a Sterling... A todos, con tal de impedir lo que ya sospechaba. Nunca estaré de parte de quien pretenda provocar una guerra. Nunca.

—¿Me cree usted, ahora?

—No sé... Pero voy a proponerle algo: vamos a ir a ver a Ofelio y a Harold Sterling. Hablemos todos, con inteligencia. Después de eso, si estoy convencida completamente, ustedes ya no tendrán que preocuparse más por esa guerra, porque yo la impediré.

—¿Quiere que vaya con usted al pesquero?

—Eso digo. ¿Le preocupa?

—Estaré listo en un minuto. Y no olvide su promesa si la convencemos, podremos contar con la agente Baby de un modo directo, discreto, y para todo.

—Mi palabra es de reina, señor Atienza. Vístase y vamos al puerto. Nos están esperando allí.

Capítulo VII

OFERTA: DOS VIDAS POR UNA

Angel Tomás frunció el ceño, pero sólo un instante. Luego como si todo estuviese previsto, aceptó a bordo de su lanchita a Heriberto Atienza, que se sentó solo, en el asiento de atrás. La pequeña motora se puso en marcha inmediatamente, hacia la salida del malecón, con la divina espía junto al atractivo Angel Tomás.

Éste preguntó, de pronto, en ruso:

—¿No era todo como pensamos?

—Parece que no, Angel —musitó Brigitte.

—Bien... Supongo que te das cuenta de que estamos actuando contra nuestro propio sistema inflexible de conclusiones tajantes. No es fácil que tú y yo nos equivoquemos, los dos a la vez y trabajando juntos.

—Lo sé.

—¿Entonces...?

—Yo sigo pensando que esta gente son los traidores a su país, querido. Pero no podemos eliminarlos ahora.

—¿Por qué no? Los dos nos bastamos para... Oh... Oh, demonios...

Brigitte lo miró, sonriendo como si estuviesen hablando de amor.

—Celebro que lo hayas entendido. Lo del yate puede ser mentira. El hombre llamado Cero es el presidente de Guaragua, Eugenio Bonilla... Este hombre que va con nosotros dice que quienes quieren asesinar al presidente son los del Servicio Secreto. Mentira. Y también puede ser mentira lo del yate. Por lo tanto, nosotros debemos seguir en el juego, y yo iré resolviendo los «problemas de asesinato» que Ofelio me vaya planteando. Uno de

ellos, será el auténtico. Pero..., ¿cuál? Si actuamos ahora, corremos el riesgo de que el asesino esté ya en camino, en cuyo caso, aunque matásemos a todos los del pesquero, el atentado se produciría, y no habríamos conseguido nada. Por lo tanto, yo escucharé los «problemas» de Ofelio Valle. Uno de ellos será el verdadero plan para asesinar al presidente de Guaragua. Entonces, y cuando sepamos también, si es posible, el nombre del asesino que ya debe estar designado, haremos lo que proceda. No antes.

—Es demasiado arriesgado.

—¡No puedo creer que tú tengas miedo! —rió Brigitte.

—Por mí, no. Pero antes, cuando nos separamos...

—Olvida eso —musitó ella—... Los dos sabemos muy bien que podemos morir en cualquier momento. Olvídalo, te lo suplico.

—Como quieras.

La lanchita se detuvo junto al casco del pesquero, del cual colgó, en el acto, la escalerilla de cuerda. El primero en subir fue Heriberto Atienza. Luego, Brigitte, y por último, Angel Tomás. En seguida captó la tensión, el asombro de Sterling, Valle y los demás, que miraban incrédulamente a Atienza.

—¿Qué significa esto? —masculló roncamente Valle, al fin.

—Hola, Ofelio —Atienza le tendió la mano—... ¿Qué tal, Sterling, Rolando...? Hola a todos.

—Señor Atienza, no comprendemos...

—La agente Baby es mucho más lista de lo que el amigo Sterling nos dijo, Ofelio. No me preguntes cómo, pero ella ha sabido que la víctima del atentado es Eugenio Bonilla, y que yo soy fabricante de armas en Guaragua. También me ha dicho que está convencida de que hemos pretendido utilizarla para que nos planease a la perfección el modo de asesinar a Bonilla en el yate de los políticos hondureños... Como ves, un cerebro privilegiado el de la señorita... Baby. Demasiado privilegiado.

En un instante, Brigitte y Angel quedaron amenazados por una docena de pistolas, acorralados contra la borda. Pero ninguno de los dos se alteró, al menos en apariencia.

—Parece que ha conseguido engañarme, Atienza —dijo ella, fríamente.

—Sí. Eso parece. En realidad, su versión era la auténtica, jovencita. Tengo demasiado dinero muerto en armamento que el

Estado no quiere comprarme y que, al mismo tiempo, me impide exportar. Por eso, efectivamente, voy a provocar una guerra: En pocas semanas, mis almacenes quedarán completamente vacíos de armas. Eso significarán unos... tres o cuatro millones de dólares, de momento.

—Harold —musitó Brigitte—: ¿usted lo sabía? ¿Está de acuerdo con esto?

—Desde luego. —Sonrió el hombre de la CIA—. Tendré una buena parte en el negocio, Baby. Y todo seguirá igual. La CIA no se enterará de mi intervención en el asesinato de Eugenio Bonilla.

—Entonces, ¿es cierto lo del yate?

—Desde luego.

—Sobre ese punto —musitó Heriberto, mirando, a Ofelio Valle —: ¿ella solucionó el problema, Ofelio? ¿Realmente?

—Y completamente, se lo aseguro.

—Bien. En tal caso, ya no los necesitamos a ninguno de los dos. Vamos abajo a concretar los planes —miró hacia los «alumnos», que no perdían de vista a Brigitte y Angel, y dijo, secamente—: MATADLOS.

—¿Y quién matará al presidente Bonilla? —preguntó Angel.

Atienza se volvió hacia él, tras dar medio paso hacia la entrada al interior del pesquero.

—¿Qué dice usted? —frunció el ceño.

—Digo que olvidan un detalle: conozco el plan de Baby. Es muy bueno, Atienza, pero... ¿quién le pone el cascabel al gato? ¿Tiene ya al asesino adecuado para ese trabajo?

—¿Qué está diciendo este hombre? —gruñó Atienza, mirando a Ofelio Valle.

—Bueno... Es cierto que Baby organizó el plan perfecto, señor Atienza, pero...

—¿Pero qué?

—Ni siquiera Sterling se atrevería a hacerlo. Para asesinar a nuestro presidente en las condiciones que usted quiere, hace falta un agente especial, algo... extraordinario. Y nosotros no disponemos de esa persona, de ese asesino infalible.

El rostro de Heriberto Atienza se congestionó.

—¡Estúpidos! —rugió—. ¿De qué nos sirve un plan si no tenemos al hombre capaz de llevarlo a cabo?

—No hay otro plan —tartamudeó Valle—. ... ¡No puede haber ningún otro, señor Atienza!

—Entonces, Sterling se encargará de llevarlo a término... ¿Me ha oído, Sterling?

—Perfectamente —dijo el traidor a la CIA—. Pero no cuente conmigo para eso, Atienza. Y no es que no quiera hacerlo... Es que no podría, de veras.

—¿Por qué no?

—Ya se lo ha dicho Ofelio: hace falta alguien especial... Y le aseguro que yo no soy esa persona: me atraparían. ¿Se imagina las consecuencias que eso tendría para usted?

Heriberto Atienza alzó ambos puños, cerrados, expresando una violenta furia.

—¿Están diciéndome que no ha servido de nada? —aulló—. ¡He gastado mis últimos dólares en esto! ¡En el pesquero, el personal, en viajes...! ¡He pagado medio millón de dólares a esta mujer, que estaría bien empleado si todo saliese bien! ¿Y me dicen ahora que no tenemos al hombre capaz de asesinar a Eugenio Bonilla?

—Pueden tenerlo, Atienza —musitó Angel Tomás.

—¿Sí? ¿Cómo? ¿Quién?

—Yo.

—¡Matadlo! —vociferó Ofelio—. ¡Matadlo y tiradlo a...!

—Espera —susurró Atienza—. ... Espera un momento. Ofelio. ¿Qué está usted pensando, Tomás?

—Yo puedo matar a su presidente. Nadie mejor que yo cumplirá el plan de Baby.

—¿Usted? ¿Por qué haría eso? ¿A cambio de qué?

—Un precio muy alto, Atienza: nuestras vidas. La de Baby y la mía. No tengo nada más que decir. ¿Sí o no?

Heriberto Atienza no estaba mentalmente capacitado para contestar rápidamente, eso estuvo claro. Tras unos segundos de vacilación general, Ofelio y Sterling se llevaron a Atienza aparte, dejando a los dos espías bajo las armas de Ceballos y los demás. Durante tres o cuatro minutos, los tres hombres estuvieron discutiendo excitadamente, fuera del alcance auditivo de los demás, incluso de la superdotada Brigitte.

Por fin, regresaron al grupo.

—Está aceptado, Tomás. Pero díganos por qué hace esto.

—Amo a Baby.

—¿Sólo por eso?

Angel Tomás sonrió secamente.

—Quizá algún día, Atienza, comprenda usted que un hombre no puede encontrar en el mundo nada mejor que una mujer... Si es como Baby, se entiende.

—No vamos a discutir eso. ¿Cómo sabemos que usted conseguirá realizar el plan? ¿Cómo lo sabemos, Tomás?

—No me llamo Angel Tomás. Tampoco me llamo Angelo Tomasini, que es el nombre que utilizo en mi domicilio fijo de la isla de Malta, en una villa llamada Tartaruga, donde recibí el telegrama de Baby citándome en Santo Domingo...

—No sé qué quiere decir con eso... ¿Cuál es su nombre?

—Puede llamarme Número Uno.

Harold Sterling lanzó una exclamación.

—¡Lo sabía! —gritó—. ¡Lo presentía! ¡Decían que había muerto, pero también corren rumores de lo contrario...! ¡Intuí que era él, lo sospeché! Atienza, déjelo ir: ¡él lo hará! Nadie podrá impedirselo, se lo aseguro... Durante diez años, Número Uno fue el mejor espía europeo de todos los tiempos, con proyección internacional... Solamente él podría, según dicen, pararle los pies a Baby, pero son amigos... ¡Número Uno! ¡La pesadilla de los servicios secretos de Europa, el hombre jamás vencido en la CIA! ¡Él lo hará, Atienza! No hay... no hay en todo el mundo un hombre más peligroso que él...

—No lo parece, ahora —musitó Atienza.

—Estoy seguro de que si no temiese por Baby todos lo habríamos pasado ya muy mal, Atienza... Créame: deje ir a Número Uno a matar al presidente... y delo por muerto.

—Está bien. Pero Baby se quedará aquí, Tomás..., o cómo se llame usted. Y Rolando irá con usted...

—¿Yo? —palideció Rolando Ceballos—. ¡No!

—Tú irás con él, y Baby se quedará con nosotros. Estarás con este hombre en todo momento, hasta el momento en que él vaya a matar al presidente. Nos llamarás cada doce horas. Rolando. Y por último, cuando el presidente haya muerto.

—Cuando Rolando llame, yo también querré hablar, Atienza. Y querré oír la voz de Baby.

—Si usted cumple, nosotros cumpliremos, Tomás. Vaya a

Honduras, mate a Eugenio Bonilla, y regrese con Rolando. Luego, usted y Baby podrán marcharse libremente. Yo me conformo con esa guerra entre mi país y Honduras que me convertirá en millonario...

—Uno —musitó Brigitte—: no lo hagas... ¡No lo hagas!

—Sé que no debería hacerlo —musitó Número Uno, roncamente—. ... Pero mi amor por ti es más fuerte que todo.

—No lo hagas... Podemos morir, Uno... Hemos vivido mucho, más que nadie en el mundo... Nuestros años de vida han sido como siglos... Si ha llegado nuestra hora, bien venida sea. No provoques una guerra. No te lo perdonaría, Uno.

—Con tu perdón o sin él, te quiero viva —murmuró Uno—... Lo demás, no me importa. Ni siquiera me importará que no quieras verme jamás, si sé que estás viva. Todo está dicho, mi amor.

—Llevala abajo —dijo Atienza—... Y atadla y vigíladla bien. Que quede encerrada en su camarote, y buscad todas las armas que pueda tener escondidas allí o en su persona. En cuanto a usted, Número Uno, saldrá esta misma noche, con Rolando. Irán a Puerto Real, en la isla de Roatán, se alojarán en un lugar modesto y discreto, y esperarán a que la reunión en el yate sea un hecho. Tiene casi setenta horas para prepararlo todo. Si falla, o prefiere escapar sin cumplir su compromiso, puede estar seguro de que jamás volverá a ver a Baby.

—Lo sé. Pero no olvide que quiero hablar con ella cada doce horas, Atienza. ¿Adónde llamaremos Rolando y yo?

—Al hotel Brisa Azul, a mí mismo. Baby se quedará aquí, en el pesquero, pero por medio de dos radios de bolsillo, y el teléfono, usted podrá hablar con ella desde Puerto Real. Rolando le irá aclarando todo lo que precise. No tiene que haber dudas, Tomás.

—Eugenio Bonilla morirá dentro de setenta horas, del modo y en las circunstancias que usted desea.

—Rolando, recoge lo que necesites y marchaos en la lancha de Número Uno —dijo Atienza.

—Sí señor...

—¿Puedo despedirme de Baby? —Musitó Número Uno.

—¿Por qué no? Baje conmigo.

Bajaron al camarote de la espía, que ya había sido atada de pies y manos, y colocada en la litera. Número Uno se inclinó sobre los

labios de Brigitte, pero ella ladeó la cabeza, muy significativamente.

—Adiós —se despidió roncamente Uno—. Adiós, mi amor. Quizá alguna vez volvamos a vernos.

Ella insistió en mantener la cabeza vuelta hacia el otro lado, y Número Uno, finalmente, salió del camarote. Rolando Ceballos, pálido de espanto por las perspectivas de convivir con aquel hombre, apareció en el pasillo, con una pequeña maleta por cuya juntura salía parte de una camisa.

—Señor Atienza, yo...

—No insistas, Rolando: tú irás con él.

Capítulo VIII

LAS ÚLTIMAS LECCIONES DE LA PROFESORA

Veinticuatro horas más tarde, en un modesto hotel de Puerto Real, en la isla hondureña de Roatán, a casi mil millas de Santo Domingo, Rolando Ceballos colgaba el auricular del teléfono, mirando tranquilizado a Número Uno... Tranquilizado hasta cierto punto, solamente.

—Bien... Ya ha oído la voz de Baby, señor... Eso quiere decir que está viva y que... Bueno, todo va bien, ¿no? Tenemos ese minitubo de aire, la...

—Cállese —cortó secamente Número Uno.

Se puso de pie, y fue hacia el ventanal que daba al jardín del hotelito situado en las afueras de Puerto Real. Discreto y modesto. Se llamaba El Gran Caimán. Había ventiladores en el techo, y todo estaba abierto, a la espera de un soplo de aire fresco que no llegaba jamás. Afuera se veían pequeñas palmeras de grandes hojas finas, y se oía el mar cuando el silencio dentro de la habitación era completo.

Número Uno miró su reloj... Lo volvió a mirar cinco minutos más tarde, y entonces asintió con la cabeza. Se volvió, caminó hacia Rolando Ceballos, que pareció sobrecogerse, se plantó ante él, mirándolo pensativo, vacilante.

—¿Qué... qué ocurre? —tartamudeó Ceballos.

Número Uno sacó la mano derecha del bolsillo; su dedo pulgar apretó el resorte de la navaja, y la hoja apareció, brillante, aguda... Rolando Ceballos abrió la boca, palideció. Ya sin vacilaciones, Número Uno lanzó la mano hacia delante, y la fina hoja de acero se hundió en el cuerpo de Ceballos, que lanzó un gemido, se encogió, y llevó las manos al vientre, cayendo seguidamente de bruces,

hecho un ovillo. Sin alterarse, Número Uno limpió la navaja en las ropas de Rolando. La guardó, recogió la blanca chaqueta de sobre un sillón, y se fue hacia el ventanal, como quien se dispone a dar un paseo. Allí, se volvió, para mirar inexpresivamente al agonizante guaraguano.

—Adiós, Rolando —dijo.

El hombre se quedó mirando atónito el fajo de billetes que le tendía el atlético y bronceado desconocido.

—Usted no entiende, señor... No quiero venderlo... Ni por veinte mil dólares... Lo siento. Lo siento de veras, pero lo necesito para trabajar...

El atleta bronceado sacó otro fajo de billetes, igual al primero. Juntó ambos, y los tendió de nuevo.

—Cuarenta mil —dijo.

—Pe-pero señor... Lo lamento...

—Escuche —dijo Uno—... Esta tarde estuve paseando por los alrededores de Puerto Real, en un auto alquilado. Lo que buscaba, lo vi precisamente aquí, en su quinta: un helicóptero. Lo necesito con urgencia, tengo que estar a mil millas de aquí antes del amanecer. Le doy cuarenta mil dólares, señor. Le suplico que me lo venda.

—Usted no entiende...

—Es usted quien no entiende, amigo.

El puño derecho de Número Uno se hundió en el estómago del hombre, que se encogió bruscamente. Un zurdazo al mentón, cruzado, escalofriante, lo tiró varias yardas más allá, desvanecido instantáneamente. Sin perder más tiempo, Número Uno se fue al pequeño hangar, subió al helicóptero, dio el encendido, y echó un vistazo al indicador del nivel de combustible, lanzó un gruñido, saltó a tierra, y tardó casi tres preciosos minutos en encontrar latas de gasolina. Cargó media docena en el helicóptero. Luego, quitó las zapatas que lo fijaban al suelo, y lo empujó fuera del hangar. Iba a subir cuando pareció recordar algo. Fue hacia el hombre tendido en el suelo, y le metió en un bolsillo los cuarenta mil dólares, parte del medio millón cobrado por la profesora de espionaje Baby Montfort.

Ya sin perder más tiempo, puso en marcha el helicóptero, sentado a los mandos. Las aspas giraban ya con fuerza de elevación cuando de la cercana casa salió una mujer, llamando:

—¡Reinaldo! ¿Qué haces? ¿Adónde vas ahora? ¡Reinaldo!

Ya en el aire, Número Uno casi sonrió, mirando al hombre desvanecido. Se llevó dos dedos a la frente, en saludo de despedida.

—Perdona, Reinaldo. Pero como te dije, tengo que estar a mil millas de aquí antes del amanecer.

Por el ojo de buey se veía la luz de la Luna, como la noche anterior. Pronto amanecería. Quizá, antes de media hora. Media hora más, y la noche habría terminado. Y con la noche, terminaría la larga y tensa espera de acontecimientos... que no se producían.

Brigitte se movió un poco en la litera, buscando una posición más cómoda. Había intentado, naturalmente, librar sus manos y pies de las fuertes cuerdas que la sujetaban, pero en vano. Pocas veces la habían atado de un modo tan efectivo e implacable. Por supuesto, las manos y los pies los tenía agarrotados, casi insensibles debido a la defectuosa circulación de la sangre. Si consiguiese...

Volvió vivamente la cabeza hacia el abierto ojo de buey, donde habían sonado los suaves golpecitos. Todavía pudo ver la gran mano masculina, soltando un paquete y algo que brilló fuertemente un instante. Eso fue todo.

Rodando sobre sí misma, la espía se dejó caer de la litera al suelo. Luego, se arrastró hacia donde había caído el paquete y el objeto brillante, que, en efecto, era una navaja de resorte, abierta. Consiguió sujetarla con las manos a la espalda, y se arqueó hasta que la afilada hoja entró en contacto con las cuerdas que ataban sus pies. Fue cuestión de medio minuto cortarlas... Se puso en pie, estuvo a punto de caer, y acabó apoyándose de espaldas junto al ojo de buey. Respiró sosegadamente cosa de un minuto. Luego, sujetando fuertemente la navaja con ambas manos, se tiró con fuerza, de espaldas, contra la pared de madera, dejando la navaja clavada allí, de modo que pudo utilizarla para cortar las cuerdas que sujetaban sus manos. Un par de minutos de fricciones la dejaron en condiciones de hacerse cargo del paquete que había en el suelo, y que no era otra cosa que una pistola envuelta en un trozo de lona.

Sonriendo, Brigitte tiró un besito con los dedos hacia el ojo de buey. Luego, fue a la puerta, la abrió, y salió al pasillo, pistola en mano.

Casi al mismo tiempo, Número Uno aparecía por las escaleras,

procedente de cubierta, completamente vestido de negro, empapado, con los cobrizos cabellos pegados a la cabeza. Alzó el dedo índice, indicando la unidad, y luego señaló con el pulgar hacia abajo. Había que interpretar que en cubierta, un hombre había pagado muy caro su turno de vigilancia.

Llegó junto a Brigitte, le pasó un brazo por los hombros, y la besó brevemente en los labios.

—¿Estás bien? —musitó.

—Siempre estoy bien —sonrió ella—... ¿Tuviste dificultades?

—Nada importante. ¿Qué tal si acabamos este asunto?

—Eres un impaciente —rió ella, muy quedo; y se llevó en seguida un dedito a los labios... ¡Ssst...!

Señaló una de las puertas. Número Uno asintió con la cabeza, se colocó ante ella, y la abrió, de pronto, silenciosamente. Brigitte entró, tranquilamente, dio la luz, vio su maletín, y fue directo a él... Mientras tanto, Ofelio se había sentado bruscamente en la litera, y la miraba con ojos desorbitados. Se dio cuenta de que había alguien más, y miró hacia la puerta. Su boca se abrió, lista para el grito, cuando vio en el umbral al gigante bronceado; pero Número Uno tenía ya la mano alzada...

Sólo tuvo que apretar el gatillo.

Plop.

Y Ofelio Valle, con una bala justamente en el gran lunar que tenía en la frente, volvió a caer de espaldas en su litera. Sólo que esta vez ya no despertaría... Por lo menos, hasta llegar al infierno.

Brigitte cogió su maletín, y dirigió una mueca de disculpa a Ofelio Valle.

—Con permiso, señor Valle.

Salió del camarote del capitán del pesquero, abriendo el maletín. Sacó uno de sus tarros de belleza, desenroscó la base doble, y mostró su contenido a Uno, que cogió las seis ampollitas de transparente cristal. Brigitte guardó el tarro, cerró el maletín, y señaló las tres puertas tras las cuales dormían sus alumnos. Con una sangre fría y un método digno de su categoría, Número Uno fue abriendo las puertas, lanzando dentro de cada camarote dos de las ampollitas, y cerrando inmediatamente. Ni un ruido, ni un paso en falso... Silencio absoluto. En quince segundos, los «alumnos» de tan fenomenal profesora tuvieron garantizado el sueño para tres horas

más.

Por fin, Brigitte empujó la puerta de camarote que ocupaba Harold Sterling. Encendió la luz, y entró... Sterling tardó todavía unos pocos segundos en refunfuñar... De pronto, se sentó en la litera, bruscamente, sobresaltado...

—Hola, Simón —sonrió fríamente Brigitte.

—Baby...

—¿Se da cuenta? Le he llamado Simón... ¿Cree que lo merece, Sterling?

El traidor agente de la CIA estaba lívido de miedo. Sabía muy bien cómo las gastaba Baby con los traidores. Detrás de ella, el atlético Número Uno asistía a la escena, impávido.

—Espere... Baby, espere...

—¿Qué tengo que esperar?

—Yo... ¡La ayudaré...! ¡La ayudaré!

—¿Me ayudará? ¿A qué, Sterling? ¿A escapar?

—Sí... ¡Sí, a escapar...! ¡A lo que quiera!

—No creo que lo hiciese mejor que Número Uno. Sterling: ir a Honduras, volver, llegar al pesquero bajo el agua con un minitubo de aire, trepar con ventosas al pesquero, liquidar al vigilante, asegurarse de que mientras tanto yo me pongo a salvo después de cortar mis cuerdas, darme un cariñoso beso de bienhallada... No. No creo que usted lo hiciese mejor, Sterling. En realidad, usted es un espía... barato. Me pregunto para qué lo quiere la CIA.

—Baby, por Dios...

—¿Por Dios? Bien: pídale a Él que le perdone. Yo no puedo, Sterling: soy mucho más mala.

Plop.

También Harold Sterling fue empujado hacia atrás, fríamente asesinado. Y segundos después, quedaba solo en el camarote, con la luz apagada. Paz a los muertos.

En el pasillo, Brigitte indicó:

—¿Qué te parece la idea de colocar al pesquero su nombre original de *Barracuda*, querido?

—Magnífico —sonrió Uno—... Cuando nuestros amigos despierten, se encontrarán en brazos de los agentes del Servicio Secreto de su país.

—Y apuesto a que les contarán una fantástica historia. ¿Vamos a

cubierta? Me gustaría llegar a Santo Domingo cuanto antes. Y esta vez lo haremos con el pesquero. No creo que los espías guaraguanos que vinieron aquí llamados por Germán Vélez tarden mucho en ver el *Barracuda* cerca del puerto. Claro que, para entonces, nosotros estaremos ya de visita en el hotel Brisa Azul.

Heriberto Atienza encogió un pie, gruñendo todavía en sueños, pese a que ya se veía el sol, si bien aún de color naranja. Poco después, notó el mismo pellizco, pero ahora en el pulgar del otro pie. También lo encogió, refunfuñando. Pero segundos después, el pellizco volvió a producirse, y tras una nerviosa sacudida, se sentó en la cama, abrió los ojos..., y parpadeó fuertemente.

—No —le sonrió Baby—... No está soñando, Heriberto. Somos nosotros: Brigitte Montfort, alias Baby, y... Angelo Tomasini, alias Número Uno. ¿Ha dormido bien?

La palidez de Heriberto Atienza era cadavérica. Estaba claro que el espanto le impedía moverse, hablar... Nada. En realidad, era como si ya estuviese muerto.

—Mátalo y acabemos —dijo Número Uno.

—Espera. Antes quiero que él sepa que todo le ha salido muy mal. No venderá armas, no habrá guerra... No vivirá...

Atienza se estremeció, de pronto. Sí... Cierto. Estaba en su *suite* del hotel Brisa Azul, había amanecido ya, se veía el mar desde la cama, por el amplio ventanal. Se olía a flores, a día nuevo, a mar... ¡Qué hermosa era la vida!

—No... No pueden matarme, no...

—Me pregunto si me ha oído, Atienza —dijo Brigitte—... He dicho hace unos segundos que sus planes han fracasado completamente: sus amigos están muertos o detenidos, el presidente Bonilla no morirá, no habrá guerra... ¿Me oyó, Heriberto?

—Sí... Sí, la oí...

—Ah, bueno. Entonces, ya puede morir.

Plop.

Última lección de espionaje. ¿Qué más se podía pedir, por medio miserable millón de dólares?

Este es el final

—¿Lo has leído todo? —susurró ella.

Él apartó el periódico, tirándolo a un lado, y la besó en los labios, fuerte, profundamente. Un beso larguísimo, durante el cual sólo se oyó el rumor del mar y algunos graznidos de gaviotas en la solitaria playa de arenas color de rosa, casi tocando el pequeño *bungalow* de alquiler, situado a quince millas de Nassau, en las islas Bahamas. El sol estaba en lo alto, y caía sobre la pareja como una dorada cascada de fuego. Pero a los dos les gustaba recibir la caricia del sol, él, en *slip*; ella, en bikini... Una suavísima brisa también se dejaba oír a intervalos agitando dulcemente las palmeras. Nadie por el este. Nadie por el oeste. Nadie en el norte, nadie en el sur... Solamente ellos dos, sobre la dorada arena, bajo el silencio matizado de rumor de mar...

Ella tuvo que apartar los labios, por fin, casi asfixiada.

—¿De verdad lo has... leído todo? —jadeó.

—De verdad. ¿Pero qué nos importa a nosotros que el presidente de Guaragua haya solucionado un viejo conflicto fronterizo con Honduras, que los dos países estén muy contentos y amistosos, que Eugenio Bonilla haya regresado triunfante a Guaragua, que Guaragua sea un tranquilo y simpático país en paz...?

—No hablas en serio... ¡Oh, sé que no hablas en serio!

Él la volvió a besar.

El sol. Las gaviotas. La brisa del mar acariciando las palmeras. Un *bungalow*. Nadie por el este, nadie por el oeste, nadie por...

Ella tuvo que volver a tomar aire. Sus manitas se cruzaron en la nuca de él, acariciando los cobrizos cabellos...

—¿Hablabas en serio?

—No —dijo él.

—Lo sabía...

—¿Por qué no dejamos eso? Solamente te quedan tres días antes de regresar a Nueva York. Sólo tres días. De manera que te diré que sí, que me siento muy dichoso por haber ayudado a evitar una guerra, y todo eso que a ti te encanta.

—Parece como si no te gustase hacer felices a los demás.

—Me gusta. Pero también me gusta ser feliz yo.

—Oh... —Los azules ojos brillaron intensamente—... Bueno... Me pregunto si yo no podría... hacer algo para ayudarte a ser feliz... una vez más, Uno. ¿Puedo?

Nadie por el este, nadie por el oeste, nad...

FIN

Notas

[1] Como ya habrán comprendido nuestros lectores, el autor ha recurrido aquí, una vez más, a un país imaginario, situado en esta ocasión, en América Central, y falsamente fronterizo con Honduras.

< <